

CRITICA

REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

BUENOS AIRES, DICIEMBRE 2 de 1933

No. 17

El Otro Lado de la Estrella

POR Raúl González Tuñón
Ilustración de Guevara

LA MUERTE VIVA

JACOBO era el más desgraciado de todos. Amaba el campo y el sol, pero estaba metido en la ciudad, envenenado por sus noches y su mal aguardiente. Era sombrío, largo y anguloso. Había desfilado por todas las agencias de colocaciones sin conseguir jamás un empleo apropiado, un empleo que le gustara. Vivía a contramano. Probó todos los oficios sin arraigar en ninguno, hasta que, un buen día, desapareció. Nos preguntamos muchas veces qué sería de él e imaginábamos un final deplorable. Hace tres años, y después de haberlo perdido de vista durante mucho tiempo, lo encontré en una ciudad europea y todavía perdura en mí la fuerte impresión de ese encuentro. Fué así: pasaba yo por un barrio típico, atraído por los pregones de los vendedores ambulantes y los pintorescos carteles de las tiendas, cuando me detuve frente a una cochería de pompas fúnebres. En la vidriera habían improvisado una sala mortuoria. El Cristo, los cirios, las flores, el cajón. De pronto sentí una punzada en la nuca. ¡El cajón no estaba vacío! ¡Patético descubrimiento! Allí, tendido, con el olor y la inmovilidad de la muerte, ví a *mi* desgraciado amigo Jacobo, el más desgraciado de la pensión. Entré conmovido a la cochería, dirigiéndome a la capilla, irreverentemente expuesta al público. Al inclinarme para observar mejor el rostro de Jacobo, ví cómo éste abría los ojos, llenándome de *espanto:*

—"No te asustes — me dijo con voz opaca, con una voz de ultratumba — no estoy muerto; trabajo de muerto. Estamos haciendo la reclame del Perfecto Velorio".

Oí sollozos y conversaciones en voz baja. Miré a mi alrededor y pude ver, sentados, en círculo, a unos veinte sujetos sombríos, a sueldo también, de la singular empresa, para propaganda del *Perfecto Velorio*.

Historia de un lituano

El lituano Esteban Marke había venido en la tercera de un barco. Se le podía ver en los ojos azules, el desengaño del arribo, la imposibilidad del retorno. En el Campamento de los Desocupados sólo pudo aprender una palabra en español. Una palabra que en su boca resultaba terrible, de una fuerza dramática intensa, una palabra que valía una frase, más que una frase, más que un libro: HAMBRE.

Tambaleando, aterido, lívido, sucio y desgarrado, se le veía en la plaza del Retiro, en Leandro Alem, a la puerta de los bares, acercarse a la gente y decir:

—Hambre...

Hambre, repetía al paso de las parejas. *Hambre*, al oído de las casas inhóspitas, Hambre.

Un día el lituano Esteban Marke anduvo vagando tranquilamente por el puerto. Recogió unas cáscaras de fruta, sentóse en una viga y estuvo mirando la línea del horizonte. Después tomó un alambre, de entre las bolsas, frente a los galpones, y se colgó de un guinche.

Era ya la noche y un cabo de la Prefectura lo descubrió, con la lengua afuera. *Cuando llegaron el médico*, la policía y los cronistas, lo hallaron en la misma postura grotesca. Revisaron sus bolsillos. No había documentos, ni dinero. Sólo encontraron un papel, en el que, trabajosamente, con trazos infantiles, el lituano suicida había escrito la palabra, la única palabra aprendida en el campamento y su firma: "Hambre. Esteban Marke".

El hombre y el espejo

Jerónimo Laberinto, como su nombre lo indica, era un sujeto muy complicado. Podía atravesar los espejos y desaparecer, sin perjuicio para la luna; había descubierto la cuadratura del círculo y el movimiento continuo, y había inventado una *máquina de hacer dinero. Pero no tenía* un céntimo y jamás hizo demostraciones en público de ninguno de sus inventos y hallazgos, por pura modestia, como él aseguraba. Lo cierto es que Jerónimo no tenía apuro ninguno, y, me temo, creía firmemente, en seguida de lanzar la mentira, que decía la verdad. Hace un año, antes de su desgracia, Jerónimo se hallaba empeñado en prolongar la juventud. Buscaba la fórmula ideal. Conocedor del Fausto, [illegible] diablo, de ahí que persiguiera por otro camino, el feliz resultado de su investigación. Nos encontra*mos una vez en el mismo fumadero de la* calle Colorado. Me sorprendió. no sabia que era afecto al opio. El me explicó. Acababa de leer a Claude Farrere y trataba de comprobar si, en realidad, en el opio estaba el secreto de la eterna juventud. Como tenía antecedentes policiales, le recomendé cautela, pues podía sorprenderlo una posible batida, en el fumadero.

—No hay ciudado — me dijo; — poseo la fórmula de la invisibilidad, y ade*más puedo desaparecer metiéndome* en un espejo.

En el fondo de una amplia habitación, había un gran espejo. Desde los camastros, pegados a la pared, podíamos verlo. Jerónimo lo soslayó sonriendo y yo pensé que el opio, evidentemente, comenzaba a hacer sus efectos en la naturaleza ultraimaginativa de mi amigo. Pero a las dos semanas, hallándonos una noche en el fumadero, cayó la policía. El chino avisó desde la puerta. Jerónimo dió un salto, disparando hacia el espejo. Yo recordé lo que me había dicho y lo seguí con la mirada, asombrado. Mi asombro no tuvo límite al comprobar que, efectivamente, Jerónimo se metía en el espejo, desapareciendo. Pero antes de reponerme de mi sorpresa, ví al chino dirigiéndose al espejo, seguido de cuatro fumadores. Todos los cinco desaparecieron en el espejo, como Jerónimo. No pude contenerme y corrí yo también en busca del milagro. Al presionar con mi cuerpo en la luna, el espejo giró, como una puerta. Era, en realidad, una puerta falsa disimulada. Tuve una verdadera decepción. Desaparecí por el pasillo llegando a la calle en dos segundos. En el café. encontré a Jerónimo, a quien no pude convencer de que yo también había atravesado el espejo y que éste era una puerta vulgar. Jerónimo se indignó. Levantóse de su asiento, encaminándose al espejo del café, furioso, dispuesto a pasar por él para demostrarme de lo que era capaz. Pero el espejo se rompió con estrépito y Jerónimo cayó al suelo con el rostro y las manos a la miseria.

Lo llevaron al hospicio, donde está en su ambiente.



El hombre y el teléfono

Juan Pérez, a pesar de la vulgaridad de su nombre, era un tipo curioso. Entre las singulares rarezas de su vida, figuraba el conocimiento de un manco que se desanudaba la corbata con la mano que le faltaba, su amistad con un general famoso del Archipiélago Malayo y el estar vinculado a un presidente centroamericano que no había sido derrocado por ninguna revolución. Tenía el tic de los telegramas. Se enviaba a sí mismo cables indescifrables relacionados con supuestas combinaciones de alto comercio. A su vez enviaba a otras personas conocidas de todo el mundo, cables que hasta llegaron a provocar líos internacionales. Hablaba de lo irreal, de lo fantástico, como de lo evidente. Era medio surrealista. Ligaba comunicaciones telefónicas, llamaba constantemente utilizando distintos nombres, dando citas simultáneas, deshaciendo amistades, provocando batidas policiales y una serie de desgracias increíbles. El juego iba a resultarle fatal. Un día llamó a su casa por teléfono:

—¿Está allí el señor Juan Pérez, Perecito? — preguntó a su esposa.

—No, señor, no está — contestó la esposa.

—Cómo va a estar — dijo Perecito —si soy yo.

La broma le encantó y muchas veces más se llamó a sí mismo por teléfono.

El día fatal repitió la pregunta de siempre.

—¿Está allí Juan Pérez, Perecito?

—Sí, respondió su mujer, aquí está, vóy a llamarlo...

Perecito enloqueció.

Ahora, en el hospicio, trata de averiguar qué es de la vida de su amigo Juan Pérez, Perecito.

El Misterio de la Quinta "Los Mirasoles"

Por MANUEL ALCOBRE

★

El termómetro no ha de marcar menos de 40° a la sombra. Nosotros, mi amigo Bernardo y yo, estamos al sol, en la orilla de la laguna, aguardando que se aproxime el bote que nos *llevará al otro lado*, a las islas, encerradas entre la laguna y el Paraná.

Vamos en viaje de aventuras a la quinta "Los Mirasoles", que se encuentra en esas islas, no sabemos exactamente en qué lugar.

Nos cubre la raída sombrilla de un sauce joven. Por momentos no se mueve una sola hilacha del arbolillo y transpiramos copiosamente. En otros instantes sopla un débil viento norteño, como vapor de horno, y entonces nos sofocamos.

¿Qué haremos para no diluírnos, mientras no arriba la embarcación? Nos alivianamos de ropa hasta ofrecer el aspecto de los primitivos habitantes de esos paisajes. Pero, si vestidos, el sol nos calentaba, semi desnudos nos asa. Entonces utilizamos el sauce, convirtiéndolo en carpa con nuestras ropas. Así logramos ser felices.

—Este lugar — *dice Bernardo* — es propicio a las altas especulaciones del espíritu. Ya sabés que actualmente me ocupo en el estudio y la práctica de la fuerza de voluntad y el sentido de orientación. Mis ejercicios en ambas materias han sido tan favorables, que ya he logrado el *casi dominio de mis reservas* anímicas, y puedo guiarme hacia lejanos puntos sin ninguna clase de referencias.

Voy a contestar, pero en ese momento recuerdo ciertos rumores relativos al banquero.

—¿Sabías — digo — que este *viejo lobo* de laguna tiene una fama bastante intranquilizadora?

—¡Ah! Es verdad. La gente dice que asesina a los viajeros para robarlos y luego abonar su huerta con los cadáveres.

—Eso he oído.

—Los vecinos de aldea, cuando se cansan de habladurías *íntimas, inventan* asesinos misteriosos y casas encantadas.

—Las dos cosas vamos a comprobar ahora... si podemos.

—Cierto. Ir a una casa de duendes como "Los Mirasoles", conducidos por un sujeto con la fama de nuestro barquero, es un *prólogo* de aventura que puede ser la aventura misma.

—Te invito a que nos volvamos.

—¿En serio lo decís?

—¡Seguro!

—Pero, ¿creés que un pobre pellejo como el botero podrá hacernos algún mal?

—*Más vale maña que fuerza.*

—Yo estoy convencido de que es falso todo lo que le atribuyen. Nuestros años de Buenos Aires tienen que habernos enseñado algo más que subir a los ómnibus a toda velocidad. ¿Creíste, acaso, en los duendes de "Los Mirasoles"?

—Seguramente *que no.*

—¿Y por qué vas a creer entonces que este pobre diablo ha producido todo cadáver hallado por aquí?

Comprendo que, en efecto, es ridículo asustarse de un sujeto que ya no puede hacer más que sentarse en su bote y remar. Pienso también que, cuando resolvimos emprender este viaje, no nos preocupó ni el paseo ni el paisaje, sino llegar a curiosear en el misterio de "Los Mirasoles". Entonces digo:

—¿Tenés la certeza de que no existen fantasmas en la quinta?

—¡Claro, pues!

—Y si es así, ¿a qué vamos allá?

—A demostrar a las gentes del pueblo que son unos perfectos idiotas.

—¿Y a nosotros quién nos manda a redimir de su idiotez a las gentes del pueblo?

—Esto... Bueno, mirá, voy a *hacerte una revelación*. Ya sabés que el propietario de "Los Mirasoles" es don Javier, y no sé si estás enterado de que Juanita, su hija menor, es mi novia. Anoche estuve a visitarla y se me ocurrió decirle a mi futuro suegro que se dejaba correr por los fantasmas. Me contestó que si *me animaba, fuera yo a ver qué me sucedía*. Como estaba Juanita presente, me puse en héroe y aseguré que iría a la quinta a asustar a las ánimas en pena. Don Javier me quitó toda probabilidad de simular el viaje, diciéndome que, para demostrarle que estuve en la quinta, debía traerle un *durazno* de cierta clase que sólo allí se cultiva. Y aquí me tenés, obligado a conseguir uno de esos malditos duraznos, a menos que me resigne a pasar por cobarde.

—Si es así, te acompañaré.

Por entre los juncos de la orilla enfila el bote. Un golpe de remos lo vara en el *lodo*. El barquero hace esfuerzos de miope para vernos desde la distancia de diez metros que nos separa de él. Echa pie a tierra y se viene al trotecito a meterse bajo nuestro techo. Exclama:

—¡Pero vea qué inteligentes son! ¿no? ¡Lo que se les ha ocurrido, pues!

Se limpia el sudor, inspira profundamente varias veces y se queda amodorrado.

Bernardo lo despabila y le pregunta:

—¿Dónde queda la quinta "Los Mirasoles"?

—Allá nomás, en aquellos uncalitos. Unas cuantas cuadras de isla.

—¿Aquellos eucaliptus que se ven casi junto al Paraná?

—Esos.

—¡Pero están como a tres leguas de aquí!

—No tanto, no. Parece no más.

—Bueno — dice Bernardo —. *Vamos a pasar la laguna. Son* las cuatro de la tarde. ¿En cuánto tiempo estaremos del otro lado?

—Prontito no más. Unos cinco minutos.

Bernardo cree que esta afirmación encierra mucho optimismo.

—¿Por qué reloj mide el tiempo usted, amigo barquero?

—*Ahora, por ninguno.* Pero no necesito reloj. Hace treinta y cinco años que voy y vuelvo por este charco. Recuerdo que antes los pasajeros me decían: "¡Qué tigre! ¡¡Ha cruzado en cinco minutos!"

—Y desde entonces, ¿cuántas primaveras han florecido?

—¡Muchos bagres han tragado el anzuelo, desde entonces!

—Muy bien. Supongamos que antes, cuando usted era joven, daba una remada cada segundo. Hoy que es viejo la dará cada diez.

El botero queda pensativo y luego murmura:

—¡Ajá! No había caído en eso.

—Bueno — dice Bernardo, satisfecho de su sagacidad —, vámonos yendo, que el tiempo corre y la quinta se queda donde está.

Nos embarcamos. El viejo mueve los remos con tanta naturalidad como si formaran parte de su cuerpo. Bogamos entre el juncal, que se abre a nuestro paso con rumor de seda. Luego salimos al agua libre, y el bote, en un siseo apenas perceptible, avanza impulsado por los remos, o solo no más, por la fuerza de la costumbre, que parece ser también el motor que da fuerzas a los brazos resquebrajados del botero.

De acuerdo con los cálculos de Bernardo, tardamos una hora en poner los pies en tierra isleña. El barquero vuelve a señalarnos la quinta "Los Mirasoles". Nos la indica por elevación, pues ni él ni nosotros podemos ver el grupo de eucaliptus, ahora oculto por la espesa vegetación. Dice que avancemos en línea ligeramente oblicua, con respecto a la posición del sol. No hay peligro de perder el rumbo. Hallaremos, además, a unas dos o tres cuadras hacia el interior, algo semejante a un sendero, que no estará borrado del todo, aunque hace ya tiempo que no se ha visto a nadie ir o venir por él, y el cual va justamente a terminar en la quinta "Los Mirasoles".

Nos internamos entre los árboles, con yuyos y zarzas hasta la cintura.

Confieso que yo contaba con más seguros medios de orientación. El sol no estaría siempre en el mismo sitio, y el sendero de que nos habló el barquero bien podía haber sido borrado por la falta de tránsito. No tenemos, por otra parte, la más mínima noción de la marcha por boscajes, sin punto de referencia. Tengo la certidumbre de que no llegaremos muy pronto al término de nuestro viaje, y, lo peor, tal vez tampoco al de la salida. Confío mi inquietud a Bernardo. Me contesta con suficiencia:

—¿Para qué he ejercitado mi sentido de orientación? Marchar en línea recta es lo más fácil del mundo. Ya sabés que para doblar hacia un lado u otro, es preciso avanzar más con una pierna, o al contrario. Con adelantar las dos, cada una a su vez, a distancias iguales, ya basta.

Lo del sentido de la orientación no me deja convencido, y eso de hacer avanzar una y otra pierna a espacios idénticos, me convence menos.

—Mirá, Bernardo —digo—, te invito a que retrocedamos. Tengo el pálpito de que si no nos ocurre algo grave, nos pasará como a la expedición de Magallanes: vamos a volver al punto de partida, aunque nosotros sin haber descubierto ninguna novedad geográfica.

—Veo que no tenés espíritu de aventura. ¿Sabés todas las sorpresas que podemos hallar en este viaje? Algún día podrás contar c o s a s extraordinarias, gracias a mi decisión.

Apenas Bernardo ha terminado de hablar, veo que se le desaparece una pierna, mientras la otra queda horizontal sobre los yuyos. Grita:

—¡Agarrame, que me hundo!

Me apresuro a ayudarlo tomándolo por debajo de los brazos. Lo levanto y le aparece la pierna perdida, que sale amarillenta de un agujero de fango chirle. Con mal humor le expreso:

—Ya comenzaron las cosas extraordinarias.

Bernardo dice, como hablando consigo mismo:

—Aquí fué una pierna; más adelante pueden ser las dos... y el cuerpo detrás

—Te *invito a que volvamos*, Bernardo. Seguro que aquí hay tembladerales. Me gustaría tener cosas extraordinarias qué contar, pero temo que lo sean tanto, que tendrá que contarlas otro por mí.

Bernardo se encoge de hombros.

Estamos bajo tupidos árboles, a través de los cuales apenas si pasa la claridad del sol. De todos los puntos, a la redonda, llegan ruidos de ramas secas, silbidos de pájaros y múltiples expresiones fonéticas de alimañas.

Calculo que hemos andado diez cuadras. Bernardo, que estuvo reflexionando, dice:

—Ahora nos es tan difícil volver como avanzar. Si no me hubiera ocurrido este percance, conservaría la línea recta; pero... Ni siquiera han quedado marcadas nuestras huellas, para desandar camino. Confiemos en mi sentido de orientación y sigamos.

Se fija en el disco del sol, muy manchado por la fronda, y señalando en dirección oblicua me invita a seguirlo.

—Mirá, Bernardo —le digo—; no creo que vayamos a morir, ni vos ni yo, en esta isla, aunque otros se internaron aquí, como nosotros muy sanos, y al cabo de un tiempo los hallaron en estado de putrefacción. Pero de que nos vamos a pescar un juicpe epopéyico, no tengo la menor duda.

—Veo que sos un hombre tímido. Te obligaría a quitarte el miedo, abandonándote a tu suerte, sin la brújula de mi sentido de orientación.

Pienso: si intentamos volver, no tendremos la seguridad de no ir para adelante, y si queremos avanzar, ¿quién sabe para dónde vamos? Decido confiar en nuestra buena suerte y digo:

—Muy bien, tratá de orientarte y sigamos viaje.

—¡Así me gusta!

Bernardo cierra los ojos, da vueltas sobre sí mismo y luego se detiene.

—Para allá tenemos que ir —dice, indicando la dirección que señala su brazo.

Reflexiono que bien pudiera ser que acertáramos, y ya que no contamos con otra guía más segura, avanzo el primero resueltamente, abriendo a brazadas la maleza. Bernardo me sigue y repite su estribillo:

—¡No vayas a perder la línea recta!

Luego caminamos en silencio. De pronto Bernardo grita:

—¡Me mordió una víbora!

Se lleva las dos manos a una pantorrilla y exclama:

—¡Rápido! ¡Chupame la herida o me muero!

Le tomo la pierna, se la levanto hasta dejársela horizontal y le saco un abrojo que tiene prendido en el pantalón.

—Estas víboras no han matado a nadie — digo.

—Creí que era una "de la cruz". Y hubiera sido fatal. Aquí abundan esos reptiles. El cincuenta por ciento de los isleños mueren por sus mordeduras.

Continuamos la marcha. No sólo hemos perdido la línea recta, sino también la línea de conducta heroica que nos habíamos trazado sin decirnos nada. La maraña comienza a hacerse demasiado intrincada y fuerte para abrirla sin más medios que nuestros brazos. Los roces y los latigazos de las ramas nos han hecho sangrar la cara y las manos.

Por momentos tengo ganas de sentarme y esperar a que nos vengan a buscar. En otros instantes siento impulsos de ensordecer a los habitantes de la isla con voces de auxilio. La tarde se ha apagado y las sombras son casi absolutas entre la fronda y la maleza.

Bernardo dice:

—El instinto me anuncia que si no andamos dando vueltas alrededor de la quinta "Los Mirasoles", *la encontraremos* al paso, dentro de algunos minutos.

—Caminaré doscientos pasos más. Si en el transcurso de ellos no encontramos la quinta, pediré socorro a gritos.

Bernardo comienza a perder su serenidad. Lo noto en que no me contradice. Yo voy contando mis pasos. Al llegar a los cien, desembocamos en un terreno libre. Varios metros más adelante, entre el ramaje de un grupo de árboles, vemos una pequeña luz. Murmuro:

—¡La luz mala!

—Sí, bastante mala. Mejor *sería si fuera eléctrica*...

—¿De dónde será esa luz?

—¡De la quinta "Los Mirasoles!

—Acerquémonos a ver.

Pasamos el terreno libre y nos internamos entre unos sauces. De allí salimos a un patio y nos encontramos frente a un *rancho. Ladra un perro*, se abre una puerta y en el cuadro iluminado aparece la silueta de un hombre.

—¿Quién anda? — pregunta.

—Nosotros.

—¡Ajá! ¿Y quiénes son ustedes?

—Dos viajeros.

—¡Allégnense, pues!

Nos acercamos y reconocemos al botero.

—¿Usted vive aquí?

Nos mira extrañado.

—¿Ya están de vuelta?

—¿De vuelta dónde?

—Aquí.

—¿Y aquí qué es?

—Aquí es mi rancho y ustedes salieron de allí no más.

Miro a Bernardo y respondo:

—Entonces no estamos de vuelta, sino de vueltas.

—No es nada lindo esto para dar vueltas. ¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Todavía no lo sabemos.

—¡Suerte han tenido! Las víboras abundan como los mosquitos. Al que le pica una, se acabó.

—Sólo lo picó un abrojo a éste.

—Y ahora, ¿qué van a hacer?

—Si nos cruza a la otra orilla, nos vamos para el pueblo.

Bernardo interviene:

—¿Después de haber andado tanto, nos vamos a volver? ¡No me parece!

—¡Pero, hombre ¡Si no hemos andado nada! ¿No has oído que estamos casi en el punto de partida?

—Muy bien, pero lo peor lo hemos hecho, es decir, aprendimos a caminar por el matorral. Si el botero nos indica dónde está la senda, esta misma noche iremos a la quinta.

—¿Esta noche? —dice el botero—. No les conviene. Las víboras se los van a comer en el camino.

—Usted enséñenos la senda, si nos hace el favor, y lo demás corre por nuestra cuenta.

—Si se empeñan...

Resuelvo imponerme:

—¡No, no vamos a ir! Haga el favor, botero, pásenos a la otra orilla. Nos vamos al pueblo.

—Estoy cansado —responde el viejo —. Por hoy no trabajo más. Si quieren quedarse aquí...

Bernardo exclama exasperado:

—¡Si no querés acompañarme, me voy solo! ¿Quiere enseñarme el camino, barquero?

El viejo me mira interrogativamente. En este momento estoy convencido de que Bernardo es loco. Recuerdo sus antecedentes de familia: un tío se le murió demente y su abuelo padeció también del cerebro. Miro al presunto enajenado y comprendo que está resuelto a irse solo. No tengo más remedio que acompañarlo, por no pasar por cobarde y por salvar mi responsabilidad ante su familia.

Pido al barquero:

—*Haga el favor de acompañarnos.* Si no aparecemos, encárguese de decir a nuestras familias que este idiota es el culpable de que nos coman los bichos en esta maldita isla.

Caminamos los tres en silencio, entre las matas. Ya es noche cerrada. Felizmente alumbra bastante una luna entera. Los alrededores están silenciosos. Sólo turba la quietud algún rumor próximo de alimañas que huyen. Llegamos a un pequeño claro y de allí nos internamos por un sendero bastante visible. El barquero nos dice:

—Si siguen bien este camino *no tienen por qué perderse*. En caso de que les pase algo, griten. Hasta mañana.

El viejo se vuelve y nosotros avanzamos. Por momentos parece que la senda fuera a terminarse, pero pronto hallamos la continuación.

Como estamos disgustados, nos mantenemos en silencio. Poco después, Bernardo me dirige la palabra amistosamente:

—Ya ves que no había tanto peligro. Recuerdo que mi abuelo me decía: "Al peligro hay que darle la cara, porque *si* uno le vuelve la espalda...

La frase se corta en su boca. Cae de bruces y casi caigo yo sobre él. Inmediatamente veo una figura humana que extiende un brazo como para arrojar algo. Me inclino instintivamente y detrás mío escucho un golpe *seco, semejante al de un hachazo* en un tronco. Salto hacia la sombra, que quiere huír; pero cae enredada en las zarzas. Oigo su voz:

—¡No me mate, señor!

Me envalentono ,agarro por el cuello al caído y le grito:

—¿Por qué nos atacaste, malandrín?

—Para asustarlos, señor.

Se acerca Bernardo.

—¿Quién es ése?

Enciende un fósforo y se lo aproxima a la cara. ¡Es el barquero!

—¡Viejo cretino! —exclama Bernardo—. ¿Así que es cierto todo lo que se dice de vos? ¡Si no fuera porque sos una momia, aquí se acababa tu historia!

Lo levantamos. Tiembla y afirma que sólo nos quería embromar, sin mala intención. No le creemos. Lo acusamos de asesino y decimos que lo vamos a denunciar. Contesta:

—Yo no hice mal a nadie. Todos los que han muerto aquí fueron mordidos por las víboras.

—¡Bueno, viejo malandrín!— grita Bernardo—. ¡Te dejamos ir de lástima, pero te irás por los matorrales!

Le da un empellón y el viejo barquero retrocede tropezando *en los arbustos espinosos, hasta* que va a caer a tres metros de distancia. Se queja en voz alta:

—¡Ay! ¡que me muero! ¡ay! ¡que me muero!

Vamos a reanudar nuestro camino, cuando oímos gritos de verdadero terror:

—¡Me ha picado una víbora! ¡me ha picado una víbora! ¡ayúdenme! ¡ay! ¡ay!

Nos miramos asustados e intentamos correr. Yo tropiezo y caigo de rodillas. Bernardo me levanta. Luego se inclina buscando a tientas. Toma algo y dice:

—Este viejo cochino ha tendido una trampa de alambre!

Saltamos el obstáculo y corremos por el sendero .Detrás nos siguen los gritos cada vez más débiles del barquero:

—¡Que me muero! ¡que me muero! ¡ay! ¡ay!

La voz se apaga y entonces nos detenemos a recobrar aliento. —Esto es toda una tragedia shakespeariana — digo —. Ahora ya no es cosa de broma. El barquero ha muerto o debe estar en agonía Y nosotros podemos correr la misma suerte.

—Comprendo que la situación es grave, pero más lo será si dudamos. Hay que llegar a "Los Mirasoles". El camino es bueno.

—¡Linda perspectiva! Lo que hemos sabido del barquero, es presagio funesto. Sospecho que en la quinta debe haber un nidal, sino de duendes, de ladrones y asesinos.

—*No creo que mi futuro suegro* sea tan tonto y flojo como para dejarse ocupar la casa por hombres de carne y hueso.

—Si hay duendes, tanto peor...

Aparecemos en un claro. Delante nuestro se levanta un enorme caserón de aspecto lúgubre. Ladra una jauría en las distintas *notas de la escala perruna.*

La emoción nos enmudece. Por fin habla Bernardo:

—Esta es la quinta.

—Bien puede ser...

—Si nos torean perros, quiere decir que en la casa hay gente. Los perros no conviven *con las ánimas.*

—Gritemos para llamar la atención de los de adentro y estemos listos para saltar a algún árbol, por si nos ataca el perrerío.

—¿Cómo gritaremos? Todavía no sé cómo se llama a la gente que está dentro de una casa.

—En algunas novelas españolas he leído que gritan: "¡Ah de la casa!", gritemos así.

Ponemos las manos en bocina y llamamos a dos voces:

—¡Ah de la casa!

Nos responden redoblados la*dridos de la jauría*, entre ruidos de cadenas.

—Los perros están atados — dice Bernardo —. Acerquémonos.

Llegamos ante la puerta principal del edificio. Es una puerta que parece de fortaleza medieval. A la luz lunar relumbra *un gigantesco llamador*. Bernardo lo levanta y deja caer. El interior resuena como si hubiera estallado un petardo. La perrada acentúa sus ladridos. Aplicamos los oídos contra la puerta, pero no escuchamos nada. Bernardo murmura:

—Esta es la casa de mi futuro suegro y bien puedo tomarme la libertad de entrar sin permiso... si está abierto.

Hace fuerza en el picaporte y la puerta cede.

—¡No entrés! — digo —. ¡Te pueden pegar un tiro!

—Hay que obedecer siempre al primer impulso. Yo entro.

Entra en puntas de pie y lo sigo. Oímos carcajadas que parecen venir de alguna lejana habitación interior.

—Las ánimas están de fiesta — expreso —. Este triste caserón es realmente apropiado para que los espíritus vivan alegres.

La luna alumbra el interior por las grandes ventanas cruzadas de barrotes carcelarios. Podemos caminar sin tropiezos. En un rincón oscuro observamos dos puntos fosforecentes. Tomo del brazo a Bernardo y le señalo los puntos.

—En casa de ánimas —murmura— eso puede ser alarmante. Pero la experiencia me ha enseñado que siempre que se ve algo semejante, sea donde sea, la causa es un gato.

Nos dirigimos hacia el rincón y de pronto los puntos brillantes desaparecen. Al mismo tiempo cae una silla.

—¡Comenzó el baile! — exclamó, semiconvencido.

Escuchamos con temor. Vuelven a oírse las risas apagadas y los rumores de conversación. Deliberamos en voz baja:

—¿Salimos?

—*Afuera no estaremos mejor.*

—Caeremos en poder de alguna gavilla de bandoleros.

—Pero ¿qué pueden hacer aquí los bandoleros?

—Vivir sin pagar alquiler.

—La zona es pobre para establecer en ella un cuartel general de ladrones.

—En todo caso, si realmente son ladrones, no nos van a quitar más que cinco pesos a cada uno. En cuanto a nuestra salud, no veo por qué nos van a estropear, después de venir espontáneamente a entregarles lo que tenemos.

—Bueno, revisemos la casa.

Abrimos y cerramos puertas sigilosamente. A medida que avanzamos, las voces y risas se hacen más perceptibles. Penetramos a una habitación cuya puerta del lado opuesto tiene luz en los intersticios.

—¡Ahí están! — murmuramos.

Nos acercamos en puntillas. Bernardo mira por el ojo de la cerradura y de inmediato se aparta.

—¡Mirá! — dice.

Espío. Alrededor de una mesa veo a cuatro hombres. Comen queso y pan, que toman con las manos. Una frutera exhibe un cono rojo de magníficos duraznos. Me aparto y expreso:

—Estos caballeros no comen platos delicados, pero de postre parece que se sirven los famosos duraznos de tu "suegro".

Bernardo vuelve a espiar. De inmediato se aparta y dice

—Esos tienen que ser los duraznos mentados. Me parece que esta gente no debe ser mala. Si entramos y pedimos un durazno y nos vamos tranquilamente, no tienen por qué enojarse.

—Si son ladrones, nos creerán policías, y quién sabe cómo nos va.

—Les hablaremos con buenos modales.

—Es extraño que no hayan oído nuestros llamados.

—No les habrán dado importancia.

Bernardo toma el picaporte. Quiero detenerlo, pero ya es tarde. Abre la puerta y ambos quedamos iluminados ante la vista entre asombrada y amenazadora de los cuatro comensales.

—Buenas noches — dice Bernardo.

No nos responden. Los cuatro se ponen de pie lentamente. Uno de ellos habla:

—¿Qué se les ofrece?

—Venimos a buscar uno de *esos duraznos. Si ustedes quieren dárnoslo*...

Los cuatro hombres se miran y sonríen maliciosamente.

El que habló antes vuelve a decir:

—¿Así que vienen a buscar un durazno?

—Sí, señor. Si nos lo da, nos iremos de inmediato, sin interesarnos por quiénes puedan ser ustedes.

—¡Ajá!

Vuelven a mirarse. Veo que uno de ellos, medio oculto detrás de otro, extrae de la cintura algo brillante.

—¡*Vámonos!* — digo a Bernardo.

Suena un tiro. Los cuatro se abalanzan hacia nosotros. Cerramos la puerta de golpe y huímos a través de la casa. Detrás resuenan los pasos y las voces de nuestros perseguidores. Llegamos al exterior y corremos hacia el sendero. No lo hallamos. Los gritos de los hombres y los ladridos de la jauría nos ofuscan. Bernardo grita:

—¡Internémonos! ¡Ya buscaremos después el camino!

Nos lanzamos a saltos sobre las matas, zigzagueando entre los árboles. En pos nuestro continúan las imprecaciones. Poco a poco se hacen más lejanas, hasta que se pierden. Me detengo, miro a mi alrededor y no veo a Bernardo. Gritó:

—¡Bernardo! ¡B e r n a r d o! ¿Dónde estás?

—¡*Aquí!* — responde una voz distante.

—¡Vení!

—¡Voy! ¡gritá para que pueda ubicarte!

Voceo:

—¡Aquí! ¡aquí! ¡aquí!

De pronto me interrumpe la voz de Bernardo. *Viene de lejos* y en el primer momento no sé qué dice. Pongo atención y me horrorizo:

—¡Me mordió una víbora! ¡me mordió una víbora! ¡ayudame! ¡ay! ¡ay!

Corro desesperadamente de un lado a otro. Creo que los gritos de *Bernardo* llegan de un punto y cuando voy hacia allí los oigo desde otro. Al fin me detengo, jadeante. Los gritos de Bernardo se apagan:

—¡Me muero! ¡me muero! ¡ay! ¡ayudame! ¡ayudame!...

Cuando recobro el aliento, vuelvo a *correr. Corro sin dirección* determinada. Ya no oigo la voz de Bernardo. He perdido el dominio de mis actos. Avanzo y retrocedo. Voy de aquí para allá. Caigo, me levanto y corro, corro...

★

Abro los ojos y siento frío. Miro a mi alrededor. Estoy tendido en un lecho de agua. Por un lado brilla la planicie de la laguna; por el otro comienza la negrura de la vegetación . A varios metros veo el bote del barquero. Maquinalmente me dirijo a él. Subo y remo. No *tengo* clara noción de lo ocurrido.

El bote se detiene bruscamente en la orilla del pueblo. Desembarco y camino hacia el sauce que nos sirvió de carpa. Me dejo caer a su lado, cara al cielo La inmensidad negri-azul, salpicada de estrellas, serena *mi espíritu. Me siento, apoyando* la espalda en el débil tronco del sauce, y contemplo la extensión isleña, gran mancha entre el brillo de la laguna y la franja esmaltada del Paraná.

Gradualmente recupero la lucidez. Con esfuerzo, primero, y luego con facilidad, voy restaurando las escenas de la tragedia en que acabo de actuar. Como un eco lejano me alucinan las últimas voces de Bernardo. Una sensación de angustia me oprime la garganta. Inclino la cabeza y rompo a llorar.





Ilustración de PEDRO ROJAS

CAZANDO NUTRIAS

POR
VICTOR JUAN GUILLOT
ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

★



HABIAN salido temprano de las casas. Desde Co*rrientes soplaba* el viento norte, cargado de ese polvillo rojizo que levanta en sus tierras ferruginosas para repartirlo en forma de oftalmías entre los habitantes de la campaña. Es el tiempo en que la gente de por allá saca las antiparras que guarda desde el verano anterior, para protegerse los ojos ensangrentados por la conjuntivitis. Pesaba el bochorno bajo el cielo plomizo y cercano, a través del cual tamizábase la enceguecedora resolana de noviembre. Dilatábase el campo en amarillentos espartillares, quemados por la abrasadora seca que aridecía la tierra hasta los más lejanos confines. El aire mismo parecía sediento en aquel ambiente de horno. A la distancia, acogidos al amparo precario de raleadas isletas de monte, algunos vacunos *inmóviles, tendido el flaco* cuello, parecían aguardar la llegada de la muerte.

Los hombres dejaron atrás el gran plato arcilloso de un lagunón desecado y avanzaron a paso lerdo, abrumados por la doble fatiga de la calígine y los bártulos cargados a cuestas. Eran dos; sucios y haraposos, enflaquecidas las caras bajo las barbas atrasadas, terrosos desde las greñudas cabezas hasta los pies calzados de reatadas alpargatas. Eran dos; alto, descarnado, cincuentón el uno. No debía tener más de veinte años el muchachón que lo seguía, doblado de lomo bajo el peso de una gran bolsa abultada de heterogéneas cosas.

Hicieron un alto para darse un resuello. Respiró profundamente el viejo y levantó la cabeza, escrutando largamente el campo, primero, y el cielo, después.

—Tiempo de langosta— murmuró con desgano.

—A lo mejor comienza de nuevo a pasar la voladora— respondió el otro.

Callaron. El más joven echó al hombro el lío que porteaba y el viejo empuñó la vieja escopeta que dejara caer entre los resecos pastos.

—¿Vamos? — invitó.

—Vamos— aceptó el otro.

Y reanudaron la marcha.

—Las nutrias deben estar retosando en l'agüita— recordó el más joven.

—Y los carpinchos— corroboró el viejo.

El monte tornábase más espeso y el gramillar verdeaba ahora a la umbría del ramaje. Acercábanse al río y en la atmósfera flotaba la frescura del agua evaporada. Ante sus ojos, grupos de árboles lozanos y exuberantes anunciaban la inmediación del cauce. Reanimados, los dos hombres exigieron más al trasijado organismo y se pusieron sobre la barranca del Mocoretá. Allá abajo, relucía el agua fresca y sombría, deslizándose lentamente entre los chañares y ceibales de la costa, poblada de obscuros helechos. La transición entre la atmósfera caldeada del campo abierto y el aire frío del río encajonado fué tan brusca que uno de ellos tiritó como si tuviera fiebre.

—Linda la fresca— habló el muchachón, a tiempo que bajaba con precaución el declive barrancoso.

—No metás bulla que s'espantan los bichitos— rezongó, malhumorado, el viejo, poniendo también con cuidado los pies en las toscas que afloraban en la tierra como trozos fósiles de la estructura interna del planeta.

Así llegaron hasta el ribazo, *limpio, que descendía suavemente* en playa ,para prolongarse en el agua fina y azulada hasta la cercana costa opuesta. Sentáronse en el punto en que la pendiente doblábase en ángulo sobre la línea de la playa. El viejo sacó del pecho un pedazo de diario para tacos, y extrajo de los bolsillos un tarro colorado de pólvora y un mugriento pañuelo lleno de perdigones.

Entre tanto, el otro cavaba rápidamente una hornalla en la tierra y amontonaba charamusca para el fuego. Prendió un fósforo y a poco la ondulante llama subía de la pequeña pira, casi invisible en la diáfana claridad del *aire que la rodeaba. Después, des*hizo el lío, sacó la pava, clareó un tanto el agua de la resaca que la cubría y la hundió en ella, levantándola rebosante y mojada para colocarla en seguida sobre el fuego.

—Mientras, l'agua se va calentando— explicó quedamente.

El compañero asintió con un movimiento de cabeza. En ese momento, sentado en tierra, medía un cuñete de pólvora para volcarlo cuidadosamente en el cañón de la escopeta que sostenía entre las piernas.

Los dos obraban con calma, haciendo cada uno lo suyo, conforme a costumbres de trabajo en común convertidas ya en inmutables prácticas. Cargada l arma, preguntó al otro:

—¿Vos manejaj el garrote?

—Como quieras— aceptó el muchachón.

—Es mejor — afirmó el primero, quien hablaba como jefe.

—Yo soy más seguro pa meniar chumbo.

Quedaron un rato en silencio. Chasqueaban, ardiendo, las ramas medio verdes; largos rizos de humo dispersábanse en el espacio.

—Si hoy agarramo diej, hacemo tre dosena de nutriaj — habló, por fin, el joven.

Al otro le brillaron los ojos de codicia.

—Pagan bien este año laj nutria.

El viejo movió la cabeza descontento:

—¡Hum!... Pagar bien, pagan bien en Gueno Saire; pero don Batista...

Y se interrumpió cenudo.

Lo imitó el otro, agregando después:

—Agarrau el gringo.

Su compañero hizo un cansado gesto de indiferencia o resignación.

—Así hacen plata lo jombre...

Al cabo de una pausa, obedeciendo a quién sabe qué asociaciones mentales, o para desechar pensamientos desagradables, se volvió, interrogante, al compañero:

—*Traiste la carne pal churrasco?*

—La saqué del atado— respondió el muchacho.

Otra vez volvieron a su mutismo. Sentados, agachadas las cabezas sobre las rodillas, miraban, pensativos, el agua. En los árboles de enfrente, se alzó agudamente el reclamo de un pájaro: "¡Huan chivirr!..." "¡Huan chivirr!..."

El agua corría callada y tranquila. Cerca de la costa, al pie de los macizos de ceibo, arremansábase, casi negra y metálica, hasta quién sabe qué frías profundidades. Moscas de agua y libélulas, jugueteaban en los claros soleados, deslizándose velozmente al hilo de la superficie y dejando tras de sí una levísima estela. A medio río, sonoro como un enorme taponazo, estalló un zambullón.

—Boga— comentó el de la escopeta.

—Si pescamoj una, l'asamo con papel de astrasa— comentó su compañero con glotona expresión.

Callaron nuevamente. Pasó un rato.

Al fin, el más viejo explayó el tema de las meditaciones que lo traían preocupado: —"¿Nos habrán campiau de l'estancia? Loj otroj día m'encontré el mayordomo y mi amenazó con meterme plomo cuando viniéramoj a nutriar p'uaquí. ."

El muchachón se encogió de hombros.

—El santafecino ese trai siempre mucha prosa —replicó. Habría que verlo en una di a pie pa saber. .

—No; como hombre e jombre —corrigió el viejo.

—Todo somo jombre— rezongó el muchachón. Y yo digo que si uno quiere ganarse la vida casando bicho en l'agua no hay derecho e pribirle... El río es de todos.

—Pero el campo es de l'estancia —observó el viejo. Y si vienen...

—Y si vienen — balaqueó el mocetón— tengo ésto y éste. Con una mano desenvainó el cuchillo, golpeando con la otra las cachas del gran revólver que le abultaba en la cintura.

—Sería cosa fea pa nojotro— reflexionó el viejo.

Inquietos, escucharon un instante. Otra vez chilló el pájaro en los árboles de la costa frontera. Por encima de sus cabezas sopló el aliento cálido del viento norte que arreaba sus ráfagas desde Corrientes.

Al cabo, se resolvieron. A una seña del viejo pusiéronse de pie. Con la escopeta el uno, empuñando un grueso palo el otro, orillaron cautelosamente unos ochenta o cien metros. Allí, un meandro del río curvaba la costa en una especie de abra bordeada de árboles cuyas torcidas ramas empapábanse en la corriente.

Arrastráronse hasta una tosca hundida en el agua como un gran diente roquizo y espiaron. Primero una, después otra afloraron dos cabezas bigotudas a pocos pasos. Los ojos de los animales relucían, desconfiados entre la agrisada pelambre.

—Aprontate— cuchicheó el de la escopeta.

Las nutrias nadaron silenciosamente hacia la orilla. Simultáneamente sonaron el disparo de la escopeta y el garrotazo. Cuando se aquietó el agua, dos cuerpos aparecieron flotando; a su alrededor, largos hilos rojos se desleían en el agua.

El más joven tiró las alpargatas, se arremangó las bombachas y se metió a la corriente que le llegaba hasta las corvas. Salió en seguida con las dos presas.

—Vamoj a desollarla mientra *se lej pasa el susto a laj* otra— dispuso el viejo.

Sin pronunciar palabra, el otro sentóse en el suelo y procedió a la operación. De un tajo abrió un gran ojal en la parte trasera de la nutria, debajo de la cola. Después tiró de los bordes de la abertura hacia atrás, ayudándose tan pronto con el cabo del cuchillo como de la hoja, hasta dar vuelta la piel como un guante sobre el cuerpo sanguinolento del animal. Por fin, de *un solo tirón*, arrancó la piel de la cabeza y la arrojó al suelo, como una bolsa húmeda y manchada de rojo. Después repitió el procedimiento con el segundo roedor.

Entre tanto, echado de boca sobre la tosca, el viejo observaba el río.

—Arrimate — susurró.

Reptando cuidadosamente, en la diestra el garrote, el compañero se colocó para operar.

De nuevo sobre *la napa elás*tica y movible, asomaban algunas cabezas grises que dejaban blanquear los colmillos bajo los poblados mostachos.

Repitióse el ataque; pero en esta ocasión sólo quedó un cuerpo flotando agitadamente entre las revueltas aguas.

—L'erraste el palo— gruñó el viejo.

Callado, el muchacho se metió al agua y sacó el animal todavía caliente y *chorreando de* la cabeza a la cola. De nuevo empuñó el cuchillo y recomenzó el desuello.

Al cabo de tres horas había once pieles secándose a la sombra. Los hombres esperaron largamente sin que una sola cabeza de roedor rompiese la superficie de la corriente.

—Tán asustadas— comenzó el mozo. Ya no salen mas.

—Iremoj a la otr'oya— propuso el otro. — Pero más tarde. Ahora pitamo, tomamo mate y churrasquiamo, ¿te parece?

—Bueno, aceptó el compañero, poniéndose de pie. —¿Y esto?

—Lo dejamo que se oree.

Y terminó de cargar su arma, atacando concienzudamente la carga con la baqueta.

Después, uno y otro liaron cigarros negros y empezaron a echar humo con fruición. Estaban satisfechos. La mañana había sido buena y todavía les restaba la otra guarida de nutrias para la tarde

El muchachón miró a la barranca:

—Hast'aura— contestó jocosamente —no si hase presente el *santafecino ese...*

—Mas vale...— empezó el viejo, y la palabra se le cortó de pronto, en la ansiosa espectación de la escucha.

—Me pareció oir...— reanudó pensativo.

—Animale que bajarán a l'agua,— explicó el otro.

—Tal vej pero...

No pudo seguir. Al filo de la barranca, recortándose nítidos contra el cielo triste y grisáceo, surgieron tres hombres.

—¡La gran!... —habló rabioso el viejo. —El santafecino Llaga, Lima y Galarsa.

—No aflojés, Crisanto— alcanzó a bisbisear el mocetón. —¡Tamién somo jombre, qué caray!

Sin hablar, los otros se les vinieron encima, saltando por la barranca. Delante de todos, revólver en mano, el mayordomo de *la estancia Mariano Loza*, un hombrón alto, fornido y con una cara resuelta como el diablo. Los otros dos lo seguían, también rascándose la cintura.

Debían haber desmontado a la distancia para asegurar la sorpresa.

Vociferando, el santafecino se encaró con el viejo:

—No te he dicho ¡hijo de tal! que no quiero que vengás a nutriar al río? ¡A tazasos te voy a sacar de aquí!

Humilde, removiendo la tierra con la punta de la sucia alpargata, el viejo intentó una disculpa:

—Yo no hago daño a naides, don. Loj bichoj esto no son de l'estancia...

—Y a lo jombre no se loj insulta, qué porra— intervino, rezumando soberbia, el mocetón.

Como picado por una víbora el otro se volvió, bramando.

—A vos, por cogotudo no te va quedar cuero pa darle lugar a los lonjazos!

Y cambiando el revólver a la izquierda ,empuñó la ancha guacha de domar y avanzó sobre el muchachón, alzando el brazo.

No pudo dar ni dos pasos. Tirando desde abajo, casi sin mover la mano, el otro le hizo fuego dos veces seguidas. El hombre cayó, *escupiendo una ame*naza; en el suelo, tuvo coraje para incorporarse y disparar a su vez. Al mismo tiempo tiró también el viejo con la escopeta y descargaron sus armas los dos acompañantes del recién llegado. Resonaron las detonaciones en la costa, dilatándose en el espacio cargado de electricidad. Mal herido y tirando el revólver ya inservible, el mocetón atropelló cuchillo en mano. Pisó sobre las pieles mojadas y resbaló; *en tierra, uno de los otros lo* remató.

La escena había sido casi instantánea. De los recién llegados quedaban en pie el llamado Lima y Galarza. Este último sujetándose la cadera izquierda, de donde le brotaba la sangre a chorros, acribillado hasta el vientre por la descarga de munición patera. En la orilla con los pies dentro del agua, agonizaba el viejo con tres balazos en el *cuerpo. A su lado, humeaba to*davía el cigarro, cerca de la mano y agitada por el temblor de la muerte.

Lima se agachó sobre el mayordomo y levantóse en seguida, pálido como un difunto. Volvióse entonces a su compañero, que se iba desplomando lentamente:

—Ta muerto... Y voj, hermano?

—Jo... robau pa toda la siega. Pero esos pagaron la nutriada con el cuero... Se desmayó. El otro lo miró un segundo y despues agarró a trepar la barranca, en busca de socorro. Quedaron los cuatro cuerpos tendidos sobre el ribazo. Al cabo de un rato, cantó un pájaro en los árboles de la costa opuesta. Silenciosamente, primero una, despues otra, asomaron algunas cabezas bigotudas a flor de agua. Los ojos curiosos les brillaban entre la pelambre. El río corría calladamente bajo el firmamento opaco y gris.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, *por Dirks*







EN LA CIÉNAGA ABSTRACTA









LA NINFA DE JOVELLANOS









SOBRE EL CENTAURO











Un Cuent Policial

EL MENSAJE EN EL RELOJ DE SOL

Por J. J. BELL

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

DURANTE muchas semanas el correo matutino del Sr. Felipe Bolsover Wingard contenía por lo general algo desagradable, pero que nunca llegó a serlo tanto como la carta, con su sobre, que ahora tenía en sus manos. Y la carta era de su primo, Felipe Merivale Wingard, el hombre a quien debía más beneficios y a quien odiaba más que a nadie en el mundo. Cierto que la carta estaba quizá fuera de lugar en la correspondencia de un caballero; pero era extraño que nunca se le hubiera ocurrido a Bolsover (como lo llamaban para distinguirlo del otro Felipe), que hacía ya tiempo había perdido sus últimos derechos al calificativo de caballero.

La carta estaba fechada en la residencia del otro Felipe, situada a orillas del río, y contenía lo siguiente:

Primo Bolsover:

"Te envío con la presente un pedido de una mujer hondamente ofendida, a quien parece le diste mi nombre, en vez del tuyo. Esto termina nuestra relación. Si insistes en alguna otra razón, sólo mencionaría yo tu falsificación de mi nombre en una cuenta de £ 500 ($ 6.000), hecho de que también tuve noticia esta mañana. Ante estos dos crímenes, no vale la pena recordarte que por siete años traté de creer en tí y de ayudarte materialmente.

Recibirás ésta por la mañana, y te doy cuarenta y ocho horas para salir de este país. Dentro de ese plazo hay vapor para Sudáfrica. Mi banquero recibió instrucciones de pagarte £ 500, la mitad de las cuales mandará a quien escribió la carta que va incluída aquí. Bajo esa condición, y mientras quedes en el extranjero, tu falsificación será secreto mío. Esta es tu última oportunidad.

Felipe Merivale Wingard".

Bolsover, sufriendo un malestar casi físico, volvió a leer la carta. La otra, incluída, no le preocupó, sino en cuanto parecía tener que costarle £ 250. Pero el descubrimiento de su falsificación lo turbó, pues no estaba preparado para ello: ni soñaba que el prestamista mostraría la cuenta a su primo, la que tenía plazo de seis semanas. ¡Qué mala suerte infernal!

Bolsover leyó la carta por tercera vez buscando algún vislumbre de esperanza, alguna vía de escape. Hasta entonces había considerado a su primo como tipo blando, crédulo y fácil de persuadir; pero cada palabra de la carta parecía indicar un corazón endurecido, una mente hecha implacable.

¡Qué tonto era Felipe! No le ocurrió a Bolsover entonces que todos esos siete años había vivido engañándolo. Y lo mas insoportable era que si Felipe no hubiera vuelto de la Gran Guerra, él, Bolsover, estaría en el lugar de Felipe hoy! Eso era en verdad la raíz del odio que se plantó con el desengaño y se nutrió desde el principio con envidia y avidez, y últimamente también con penas y celos, desde que Felipe se había ganado la niña, tan rica como él mismo, que Bolsover había ansiado para sí.

Bolsover sintió seca su boca. Fué hasta la descuidada mesa del desayuno y se sirvió temblando una taza de café ya frío y la bebió. Tomó y abrió su cigarrera y trató torpemente de sacar un cigarrillo, y notó entonces que le temblaban los dedos. Eso iba mal. Tenía que dominar sus nervios y sus pensamientos. No tenía objeto rabiar. Prendió un cigarrillo y se sentó.

De cualquier modo había que ver a Felipe; de cualquier modo había que aplacarlo, para que mitigase su rigor, o sino, inducirlo a que pagara todas sus deudas. Pero el total de esas deudas sumaba miles de esterlinas, y algunas se debían a personas que prefería no nombrar a su primo, de moralidad tan estricta. Pero había que hacer la tentativa en una u otra dirección. Las circunstancias eran más que desesperadas.

Sabía que su primo daba una fiesta en su casa. Sobre la chimenea había una invitación para un baile, recibida hacía tres semanas, para esa misma noche. No supuso que Felipe querría verlo ahora, como invitado suyo; sin embargo, por algún instante, jugó con la idea de presentarse como si nada hubiera sucedido. Pero había la posibilidad, y asaz grande, a juzgar por esa maldita carta, de que Felipe lo hiciera, simplemente, echar a la calle por sus sirvientes!

Miró el reloj — 10.20 — y fué hasta el teléfono. Debía haber llamado en seguida, se dijo. Felipe podía haberse ido a pasar el día en el río con sus amigos. La perspectiva de siete u ocho horas de incertidumbre lo abatía.

Pero al fin oyó la voz de Felipe preguntando quién hablaba.

—Felipe — dijo Bolsover con rapidez — ten paciencia unos momentos. Recibí tu carta y debo obedecerla. Pero como último favor, veámonos una vez más. Hay cosas...

—¡No! No tengo nada que decirte. No quiero saber más nada de tí.

—Hay cosas que puedo explicar.

—¡No! Discúlpame. Mis amigos me esperan. Buenas..

—Felipe. Deja que valga la invitación para esta noche. Deja que vaya, aunque sea por una hora.

—¡¿Qué!? ¿Que estés entre esas niñas, después de la carta de esa infeliz mujer? ¡Mil veces no!

—Bueno, encontrémonos en alguna parte, por la noche, fuera de la casa. No me detendré mucho. ¡Oye, Felipe! Estaré al lado del reloj de sol, a las diez, y esperaré hasta que vengas. No rechaces mi último pedido en esta vida.

Hubo una pausa hasta que Felipe dijo fríamente:

—Muy bien. Pero te aviso que no cambiaré nada, ni en lo más mínimo.

—Gracias, Felipe. ¿A las diez, o un poco después?

Bolsover retuvo el receptor un rato.

Pero no oyó más palabras de él.

Volvió a su silla y se sentó, mirando al aire. Sin duda había una firmeza nueva en la voz de su primo. Aunque no dudaba que Felipe iría a la cita, ya no podía esperar que resultara algo de la entrevista. Siendo así, ¿qué le quedaba?

Para un hombre como Bolsover la infamia era secundaria; el principal terror era una vida sin dinero para sus satisfacciones personales. Ya había estado acorralado antes, pero nunca tan cerca, parecía, como ahora. Por primera vez en su indigna carrera pensó en la muerte como un modo de huir, pero bien sabía que aunque estuviera en agonía por desesperación, no podría en ningún momento decidirse a dar el paso definitivo hacia la muerte. Jugó lúgubremente con esa idea, hasta que su imaginación empezó a percibir el otro lado de la cuestión.

¿Y si Felipe se fuera, él, de este mundo?

Al principio la idea era vaga y nebulosa, pero poco a poco se aclaró, y de repente su mente retrocedió, como un hombre se aparta del borde de un precipicio; retrocedió, pero para acercarse de nuevo, con cuidado, para sondear la profundidad, buscando furtivamente si quizás hubiera alguna senda segura y secreta hacia abajo. Y asomándose a su propia idea, Bolsover creía ver en su fondo un lugar placentero, donde había libertad, donde no existía miedo. Pues aunque Bolsover no tenía ilusiones de heredar ni un penique en dinero, sabía que una finca, no muy grande, le tocaría a él, sin cargas, a la muerte de su primo: y con esa finca podría seguramente conseguir bastante para reparar sus arruinadas venturas. El mayor optimista del mundo es el jugador más abandonado de la suerte.

Una sirvienta vino para desocupar la mesa.

—¿No está bien esta mañana, Sr. Wingard? — inquirió a Bolsover, que vivía desde largos meses en un hotel privado; había sido bastante generoso en sus propinas.

—Sintiendo el calor — contestó, enjugándose la frente. Es mucho calor para primavera. Adivino una tormenta pronto.

—¿Quiere más café, o prefiere te?

—Gracias, tengo que salir ahora.

Quizás agradecía la interrupción.

El Banco de su primo se encontraba en el Strand. Sintiéndose débil, Bolsover tomó un taxi. El era conocido en el Banco, las instrucciones de su primo fueron cumplidas, y se le entregó el dinero sin demora. Quizás exageró su contento, como pensó después, viendo su firma temblorosa en el recibo.

—Parece que hubiera pasado mala noche — observó, mientras devolvía el papel el solemne cajero.

Mientras la puerta oscilaba tras él, se llamó tonto y se enjugó la cara.

Almorzó sin apuro en hora desacostumbrada por lo temprana. Hizo preceder la comida por un par de cocktails, la acompañó con champagne y la terminó con un licor. Se sintió mucho mejor, aunque fastidiado por una insólita tendencia a transpirar por demás.

Cuando dejó el restaurant, esa tendencia se acentuó, tanto que temió llamar la atención, y otra vez más, tomó un taxi, ordenando ir hacia Kensington, y un poco más tarde se sentaba en una parte umbrosa de los jardines de Kensington.

Había querido estar lejos de la gente. Por un rato se sintió cómodo físicamente, y casi también en su mente. Ahora tenía mucha esperanza que Felipe vería lo poco razonable de los términos de su carta, que era claro había sido escrita con precipitación. Después de todo, sus deudas no sumaban más de 6.000 libras, bueno, digamos 7.000, una cantidad que apenas molestaría a su primo para pagarla, y más aún cuando no se requería toda de una vez ni en seguida. No había duda que al principio Felipe se revelaría, y le haría un severo sermón, pero al fin capitularía. ¡Oh, sí!, había sido una mañana negra, pero a media noche habría otro cuento que contar. Bolsover fumó uno o dos cigarrillos, cedió a una agradable modorra y se adormeció.

Se despertó pesadamente, con la cabeza acalorada y reseca, y una gran depresión de ánimo. Necesitaba beber. Miró su reloj y eran sólo las cuatro y media. Su hotel, sin embargo, no estaba distante, y allí fué, a pie.

El portero le presentó una letra urgente que había llegado a mediodía. La escritura le era familiar y Bolsover no se alegró de verla. En su cuarto se sirvió un brandy antes de abrir la carta — un aviso brusco de que una suma bastante crecida debía estar paga al mediodía siguiente. Esto obró como irritante potente y le trajo el mudo frenesí contra las cosas y las personas que lo había sacudido por la mañana.

Bebió otra copa más, y luego su fogosa ira contra la fortuna cedió el lugar al viejo odio disimulado contra su primo, que ahora parecía bloquearle el camino hacia la salvación. Abrió con llave una gaveta, y por largo rato se sentó a contemplar lo que contenía: un revólver que había comprado hacía mucho, la víspera de un viaje, y un paquete de cartuchos, sin abrir. Se vió a sí mismo al lado del reloj de sol en el jardín de Felipe, con el arma cargada en el bolsillo. Vió a Felipe que venía en la oscuridad, desde la casa llena de luz y música. Y entonces empezó a darse cuenta que la casa no estaba tan lejos, e imaginó cómo el tiro del revólver estremecería la noche. Debía pensar en otro método, concluyó, mientras cerraba la gaveta, y se dirigió a la botella otra vez.

Eran cerca de las siete cuando salió. Parecía que debería estar borracho, pero en apariencia entró bien fresco al negocio de cuchillería en el barrio de Paddington. Explicó que iba al extranjero en una expedición de caza mayor, y necesitaba algo como un cuchillo con vaina. Esto se le proveyó, y con el paquete volvió al hotel.

Después de cenar se vistió, no sin cuidado. La botella de brandy lo tentó, pero apartó el vivo deseo con una dosis muy diluída. Tomó el tren para una estación a la orilla del río, y luego un coche para los tres kilómetros restantes. A las cinco menos diez estaba en la tierra de su primo.

El antiguo reloj de sol estaba en el centro de una rosaleda separada de la casa por un amplio camino, un espacio con césped y una senda, y rodeada por altos setos. Más allá del fondo de la rosaleda había una faja de yuyos, y luego el río.

La noche era muy oscura; la atmósfera sofocante. Le pareció a Bolsover, en acecho del reloj de sol, que la tormenta podía estallar en cualquier momento, y su ansiedad era intensa por si el diluvio impediría la venida de Felipe. Aunque el cuchillo estaba pronto en el bolsillo de su capa, se repetía continuamente que nunca lo usaría sino como amenaza; que sólo lo había traído para robustecer su coraje y su finalidad. Aparte de los efectos del alcohol, el hombre no estaba con la mente muy sana. Una tormenta cerebral era tan inminente como la tormenta atmosférica.

Asomándose, atisbando, veía él por sobre el seto el resplandor de las ventanas abiertas, oía vagamente la charla y la risa de los invitados. Había llegado al jardín con música, y ahora las pausas entre las danzas le parecían muy largas. El argüía que Felipe sin duda deseaba tanto como él que la entrevista fuera secreta, y dejaría la casa sólo durante una pieza de baile, así que toqueteando el mango del cuchillo, maldecía los músicos ociosos y los invitados descansando en la terraza o paseando por el césped.

Los minutos pasaban, y al fin la música empezó de nuevo. Y cuando Bolsover, ya enfurecido por la exasperación, se decía que otra pieza de baile ya terminaba, se dió cuenta de ruidos de pasos en el pedregullo, y una figura oscura, con una vislumbre de blanco, apareció en el espacio libre.

Felipe Marivale Wingard llegó en seguida hasta el reloj de sol y se detuvo frente a su primo.

—¿Así que viniste, a pesar de mi advertencia? — dijo.

—Felipe, vine a pedir...

—No pidas nada. ¿Sacaste el dinero del Banco?

—Sí, gracias.

—¿Le mandaste la mitad a la mujer?

—Sí, mintió Bolsover, déjame explicarte...

—¡No! — el otro interrumpió. — Te voy a decir porque vine aquí. Decidí dejarte quinientas libras más, lo que te dará facilidad para establecerte donde quieras, en el extranjero. Las recibirás en cuanto yo tenga tu nueva dirección. Pero quiero tu firma en una promesa de que por cinco años no tratarás de volver a este país sin mi permiso. ¿Quieres firmar?

Nadie es tan infame que no pueda sentirse ofendido. Bolsover se ofendió y otra vez el mudo frenesí se apoderó de él.

—Vamos — dijo Felipe, poniendo una hoja de papel de carta sobre la lisa mesa de granito. — Aquí hay una simple promesa escrita por mí — no hay que decir que todo entre nosotros queda en privado — y aquí hay una pluma. Yo tendré un fósforo mientras firmas. ¡Vamos, hombre, si no deseas que nos descubran!

Bolsover, con su diestra en el bolsillo giró hasta ponerse contra el brazo izquierdo de su primo.

—Toma la pluma — dijo Felipe.

—Un momento — repuso Bolsover con voz espesa. — Dió un paso hacia atrás, levantó el brazo, y hundió el cuchillo entre las espaldas de Felipe. En ese instante sintió como una náusea de asombro ante la facilidad con que penetró la hoja; en el instante siguiente se retiró, teniendo el cuchillo lejos de sí hasta donde podía, y miró.

Felipe se sacudió oscilando, hizo un ruido estertoroso, y cayó sobre el ancho reloj de sol, agarrándose con una mano al otro borde. El papel voló hasta los pies de Bolsover, que lo alzó y guardó en el bolsillo, se retiró por el sendero, caminando hacia atrás, pero con ojos apartados de la obra de sus manos. Y cuando alcanzó una distancia de siete metros, se giró al otro lado y esperó con espaldas encorvadas que cesara el lúgubre y fatigoso sonido. ¿No lo habrá matado quizás? Por un rato no supo lo que hacía — rezó, podía ser — y entonces vino el fin, un estertor ahogado, un resbalar y un golpe blando en el suelo. Se volvió despacio. Había un montón, que apenas se movía en la senda, bajo el reloj de sol, y luego — hubo un montón muy quieto.

Bolsover recordó su propia seguridad. Corrió suavemente por el borde del césped, llegó al pasaje en el seto del fondo, cruzó la faja de hierba y se detuvo a la orilla del río. Del río no



Todos los números CRITICA REVISTA MULTICOLOR publicará un gran cuento policial. ¿Se suicidó o fué asesinado el millonario Jervison? Lea en el próximo número el relato de este caso misterioso por Ronald Knox

salía ningún son. Los más entusiastas bogadores habían olido la tormenta cercana. Con cuidado Bolsover ajustó el cuchillo en su vaina y lo tiró lejos a la oscuridad. Hizo trizas el papel y lo desparramó en el agua negra. Lentamente se fueron a la deriva.

Haciendo un gran rodeo alcanzó Bolsover el camino principal hacia la casa, y deliberadamente llegó hasta la puerta. El sirviente que lo atendió lo conocía bien como primo de su amo, y lo recibió como a invitado tardío; si notó su palidez, eso no le interesó.

Y la palidez no era tan extrema. Bolsover representaba un papel ahora, y con tal ahinco, que en cierta medida olvidaba porqué lo representaba.

Antes de mucho estaba entre los invitados, saludando sus conocidos, explicando que acababa de llegar y que buscaba al dueño de casa, su primo. Un cura, amigo particular de Felipe, que nunca gustó a Bolsover, observó que creía haber visto a Felipe salir por la ventana de la biblioteca, hacía unos diez minutos antes.

—Parece que siente el calor, señor Wingard — agregó. — Tiene un aire torvo.

—Sí, tengo que beber algo — Bolsover contestó algo bruscamente — e iba a hacerlo, cuando una muchacha, que con su pareja se había alejado hasta la rosaleda, corrió hacia el gran salón, gritando que el señor Wingard yacía al lado del reloj de sol, muerto — ¡asesinado!

Eso llegaba antes de lo que hubiera deseado él, y por un momento quedó aterrado; pero, según correspondía para el caso, fué el primero que recobró su sangre fría, y, como era su deber natural, procedió a asumir funciones directivas, ordenando a un sirviente que telefoneara a un médico y a la policía, y pidiendo a varios de los hombres presentes que lo acompañaran al lugar del suceso, con elementos de primeros auxilios, en caso que hubiera aún vida que salvar.

—¡Necesitaremos luz! — gritó el señor Minn, el cura, cuya compañía no había demandado Bolsover. — ¡Voy a buscar mi linterna de bolsillo, en mi sobretodo!

Se trajeron varias linternas, y el grupo se dirigió a toda prisa a la rosaleda. El joven cuya pareja había traído la alarma a la casa, les vino al encuentro para prepararlos a un horrible espectáculo.

—Estaba apenas vivo cuando lo hallamos, pero ya se fué — agregó el joven. — ¿Vienen ustedes?, pues acabé todos mis fósforos.

—¿Habló algo? — preguntó el cura, mientras los otros rodeaban el reloj de sol.

—¡Oh, no; ni trató de hacerlo, pobre muchacho! Sin embargo, me parece que quería hacer señas.

—¿Cómo?

—Hacia el reloj de sol, arriba de él. Y luego quedó muerto, en mis brazos. ¡Cielos, estoy todo ensangrentado!

—Vaya a la casa y tome whisky — dijo el cura con simpatía. — Pero espere un momento. ¿Miró usted el reloj de sol? ¿Y no vió allí nada insólito?

—Sangre, y una pluma fuente.

—¡Una pluma!

—Estaba al lado del puntero, como señalándolo.

—¿La sacó usted?

—No la toqué. Es de oro con una piedra verde en el extremo.

—Es la suya — dijo el señor Minn — ¿Qué significa? Bueno, no espere más, señor Marshall. Creo que encontrará abierta la ventana de la biblioteca; puede entrar por ella y llamar con el timbre un sirviente, que le traiga su sobretodo para tapar las manchas. ¡Esto es terrible! El buen cura dió salida a su emoción. ¡Pobre Felipe, mi gran amigo y el mejor de los hombres!

Luego se acercó al grupo. Bolsover hablaba:

—Yo querría que lo lleváramos a casa; pero ¿podemos hacerlo antes de que el médico — y la policía — lo hayan visto?

—Temo que debemos esperar — dijo un invitado.

—Sentí una gota de lluvia ahora — dijo otro. — No podemos dejarlo ahí en el suelo, si hay tormenta. ¿Qué dice señor Minn?

El cura no parecía oír. Movía la luz de su linterna sobre el reloj de sol.

—Señores — dijo sin firmeza — por favor, préstenme atención un momento.

Hubo emoción a la vista del manchón oscuro y los yitos y borrones sobre la lisa piedra gris, y siguieron exclamaciones débiles cuando el rayo de luz se detuvo en la pluma fuente de oro.

—Es su propia pluma, señores, y con ella escribió algo en el reloj de sol, pues hay una línea de tinta que no está todavía seca — y la punta de la pluma se rompió!

El rayo de luz se movió a la derecha y se detuvo. Aquí no había sangre, sólo algo escrito en cierto modo. Los invitados se inclinaron observando — todos menos Bolsover, que retrocedió, con la boca abierta y sudando de terror.

¿Había dejado un mensaje el moribundo?

—¡Números! — exclamó en voz baja un invitado.

—Sí — dijo el señor Minn, sacando un lápiz y siguiendo con su punta las vacilantes y quebradas líneas y curvas. — Un uno, un tres, un cero, un seis, un ocho, otro cero, y algo que podía haber sido un cuatro, si no se hubiera roto la punta de la pluma, o no hubiera fallado la mano. Uno, tres, cero, seis, ocho, cero.

Una gran gota de lluvia se aplastó en su mano, y él se sobresaltó como si hubiera sido sangre.

—Si la tormenta se desata ahora, este mensaje, que puede ser una clave, se perderá — exclamó. — ¿Quiere uno de ustedes correr hasta la casa y traer algo impermeable para cubrir esto? ¡De prisa, por favor!

Un invitado salió corriendo. Otra gota cayó, y otra, sobre el reloj de sol. El señor Minn pasó la linterna a su vecino, diciendo:

—Tengan la bondad, todos, dirijan sus luces sobre estos números. Sacó de un tirón una libreta de apuntes de su bolsillo. En caso de accidentes, haré una copia tan exacta como sea posible.

Hubo un silencio mientras dibujaba, más que escribía, los números.

El pánico de Bolsover había pasado. No había nada en esos grandes números deformados que pudiera llamar la atención hacia él. Se aclaró la garganta y dijo:

—Señor Minn, ¿estos números le sugieren algo a usted, como amigo del pobre Felipe?

—Nada, señor Wingard. — El señor Minn sacudió la cabeza.— Pero sea lo que sea su significado, deben representar seguramente el último pensamiento — o uno de los últimos pensamientos — de nuestro amigo cruelmente asesinado, y un mensaje urgente. Si dan o no una clave a la policía.

Hubo un deslumbramiento enceguecedor, una aplastante explosión, y las nubes, parecía se convirtieran en agua.

El sumario terminó, y el juzgado dejó la sentencia en suspenso, lo único posible, según los elementos de prueba que se pudieron reunir, y la opinión unánime en los tribunales.

El hecho de que Felipe debió tener un enemigo, era ya un misterio en sí mismo. Los números escritos en el reloj de sol, eran otro misterio. Una búsqueda en los papeles de Felipe, no reveló nada que se pudiera relacionar con ellos. Sin embargo, el señor Minn fué felicitado por el fiscal, por la presencia de ánimo que demostró, copiándolos.

Bolsover ganó la simpatía de todos por sus respuestas tranquilas y francas a las preguntas del fiscal, por su tributo al elevado carácter y generosidad de su extinto primo, y por su semblante triste, pálido y abatido. Sí, había una pequeña finca que le vendría en herencia, pero no esperaba otra cosa, pues los regalos de su primo en el pasado habían sido casi principescos.

En la noche fatal, explicó, habiéndose detenido en la ciudad, había llegado a casa de su primo poco después de las diez de la noche. Sus preguntas por Felipe las contestó el señor Minn, diciendo que su primo había salido, e inmediatamente después vino la espantosa noticia. Era posible que se hubiera cometido el crimen mientras caminaba por la avenida principal de la casa; pero entonces debía haber sido todo en silencio. En este punto pidió un vaso de agua, y el fiscal se manifestó satisfecho.

Al día siguiente asistió al funeral, como cabeza de duelo, pareciendo un desastre humano. Pero cuando se apartó de la tumba, lo peor había pasado ya. ¡Estaba en salvo! Sólo un deber quedaba por cumplir: su presencia a la lectura del testamento. No era una gran reunión, y Bolsover era el menos interesado de los presentes. El testamento databa de cinco años atrás. Bolsover, con los ojos casi cerrados por sus pesados párpados, oía con indiferencia hasta que:

"Y a mi primo y amigo, Felipe Bolsover Wingard, la suma de cincuenta mil libras esterlinas, libres de impuesto sucesorio".

Casi se desmayó. Fué el señor Minn, el cura, quien le trajo de beber.

Se había preparado un lunch para los participantes del duelo, pero Bolsover pidió que lo excusaran. Se sentía muy lejos de estar bien, dijo, y deseaba consultar a su médico en la ciudad, sin demora.

—Creo que tiene razón, señor Wingard — dijo el señor Minn, con bondad. — Usted parece enfermo, y no es para menos. Pero antes que se vaya, yo le pediría unos pocos minutos de conversación. Vamos a la rosaleda, donde no nos molestarán.

—Muy bien — consintió Bolsover. — Había esperado nunca más entrar a la rosaleda, pero no vió cómo podía, razonablemente, negarse a ello ahora. De cualquier modo, sería la tortura final.

En silencio cruzaron el césped y el pasaje en el seto. En silencio también, pues Bolsover no tenía voz para protestar, llegaron al reloj de sol.

El señor Minn se descubrió y dijo:

—Como la lluvia de Dios Todopoderoso lavó todos los signos de esta tragedia, así puede su infinita bondad lavar el pecado que la causó. Amén.

Se cubrió de nuevo y miró con suavidad y con gravedad a Bolsover.

—Señor Wingard, quiero mostrarle algo, quiero mostrarle el último pensamiento de Felipe antes de morir. Diciendo así, sacó su libreta y un lápiz rojo.

—¡Los números! — murmuró Bolsover, intrigado.

—Sí — replicó el señor Minn — y procedió a copiarlos con cuidado de la página a la piedra. Así:

1306804

—Es extraño — dijo Minn, agregando un toque al "3", que la verdad no nos saltó a la vista en seguida. No se me ocurrió hasta esta mañana. Y sin embargo, si hacemos concesiones a la caligrafía de un hombre que se muere rápidamente con dolores, luchando por escribir en la oscuridad, la cosa se pone clara como el día.

—Para mí, no — dijo Bolsover espesamente; — pero, usted sabe, estoy agotado y...

—Sólo un minuto más — dijo el señor Minn suavemente. — Quiero decirle nada más que esos signos no eran números de ningún modo.

—¡Entonces estoy ciego!

—Estuvimos todos ciegos, pero ahora vemos claro. Observe que el "1" y el "3" están más juntos que los otros números. Pero júntelos bien, y entonces tenemos una "B".

El señor Minn dibujó una "B" despatarrada sobre el reloj de sol. Luego el cero se vuelve una "O", y lo que tomamos por un seis, es realmente una "L"; vea, las pongo después de la "B" y lo que podía ser bien un ocho, debe aceptarse ahora como una "S", ¡así! Luego tenemos otra "O" y, luego, la mayor parte de una "V" y aquí se rompió la la punta de la pluma, o falló la mano. Pero seguro, bien seguro que hay ya bastante, señor Wingard, para mostrarle a usted el último pensamiento, o mensaje, de su primo."

Sobre la faz del reloj de sol aparecían, escritas en escarlata por el señor Minn, estas dos líneas:

Bolsov(er)

Por la cara de Bolsover, en muda contemplación ante ellas, vino una sombra grisácea.

El señor Minn, en atento acecho, levantó su mano izquierda con un esfuerzo, mientras su propio semblante palidecía.

Siguió lo que le parecía largo silencio. Luego, de repente, Bolsover levantó su rostro, con una mirada acorralada y espantosa. Su mirada buscó el pasaje en el seto del frente, luego huyó al pasaje del seto del fondo. En cada pasaje estaba un hombre corpulento, un desconocido.

El cura se enjugó los ojos.

"Amigo mío", dijo con suavidad, "rezaré por usted".

Museo de la Confusión



POR

Anímula Vágula

★

En el diario El Debate, de Gualeguaychú, con fecha 11 de setiembre apareció una poesía titulada Raquel, La Mejicana que murió en Madrid. En una de las cuartetas se informa:

La había conocido en un "Bar mejicano",
Uno de los "Montmartre" nocturnos de Madrid:
Ella era bailarina de un "Circo Americano",
Y yo, a la vez, un ave de paso en el país.

El personaje femenino como se ve está magistralmente descripto, no así el del otro ser que ofrece ciertas dudas respecto a la doble personalidad. Estamos enterados por propia confesión del autor, que era un ave de paso, pero también que a la vez era otra cosa. ¿Era un Circo Americano, un impar de botines, un par de imbotines? Lo ignoro.

Lo que también resulta algo confuso es ese Bar Americano que toma carta de ciudadanía francesa y se convierte en seguida en uno de los tantos Montmartres nocturnos de Madrid. Mañana o pasado ese Bar inicia una nueva recorrida y se transforma en una de las tantas Martonas que decoran la meseta de Pamir, el desierto de Gobi y la tierra de Nebraska.

El ave de paso y la bailarina del circo simpatizaron a los cinco minutos. El verso explica bien las relaciones entabladas:

Vivimos largas horas de dicha interminable,
Ambos sedientos siempre de besos y de amor...
Yo solía leerle mis versos orientales,
Y ella se adormitaba, junto a mi corazón.

Si en lugar de los versos orientales se hubiera dedicado a la lectura de alguna diérisis o sinalefa de La Maestra Normal o de cualquier poema de Gaibgarita Abella Caproni, hubiera obtenido con seguridad para la oyente un justiciero y profundo sueño, pero con las producciones de los de la otra banda, amigazo, apenas si se consiguen débiles adormitamientos, salvo las honrosas excepciones de Silva Valdez, Julio Estavillo y Borocotó, Borocotó, Chás, Chás.

Las largas horas de dicha interminable, terminan con una rapidez inaudita en la cuarteta inmediata:

Pero ya estaba escrito: se levantó el destino.
Y alzó la espada en alto de su fatalidad;
Velozmente minaron su joven organismo
Los síntomas mortíferos de un misterioso mal...

Es realmente sensible el abandono de este joven organismo que se encuentra minado de indicios ocultos, signos secretos, señales mortíferas, apariencias misteriosas incurables y síntomas de la cruz. El desenlace fué funesto. Raquel la Mejicana murió en Madrid y su compañero, a quien debieron expatriar, se consume en Gualeguay bajo el nombre de Ignacio C. García, presentando a su vez todas las características de un misterioso mal.

★

Un necesitado que firma Charles (Capital), declara en la persistente sección de "El Suplemento" titulada "Se necesita un amigo" o algo por el estilo:

Yo soy de estatura más bien baja, aunque bien proporcionado, de 22 años, morocho, uso bigotes y lentes ,soy bastante elegante y muy personal.

Idea personalísima y optimista, la que sobre los resultados prácticos de la proporción guarda este desamigado. Soy un paralelepípedo irregular, pero mis caras guardan entre sí una proporcionalidad matemática. Mis bigotes son exactamente la dieciochoava parte de mi catalejo y mi edad guarda estrecha relación con mis aristas. O también: Soy pisciforme, pero mis pestañas son a mi monóculo como mi estatura es a mi calvicie. No desmayen, pues, los jóvenes casaderos: aunque la estatura sea apenas perceptible, tienen grandes probabilidades matrimoniales siempre, claro está, que el semipeso específico del organismo multiplicado por raíz de 200 resulte equivalente al máximo común divisor entre el átono y los *micrones, llevado a la enésima* potencia.

★

"El Diario" de Paraná, comentando las curiosas costumbres del celebrado año 80:

Los argentinos de los grandes centros y muy particularmente los que hablan de literatura gaucha en los cenáculos literarios donde llega a negarse la existencia del gaucho teniendo por fabuloso lo que fué tan real, si hubieran visto a una tropilla "del mesmo pelo" o a una "puntita" de vacunos llenar un campo y sentido estremecerse el aire con el pregón de la abundancia: el mugido y el anuncio de fecundidad y alegría: el relincho, cambiarían fundamentalmente de opinión respecto de una época más desconocida que lejana.

Y sobre todo cambiarían de opinión sobre las dimensiones escuetas de esa llanura extendida, inmenso piélago verde que en cuanto hace acto de presencia una tropilla del mesmo pelo o una puntita de vacunos, se agota completamente. Es indudable también que el pregón de la abundancia: el mugido y el anuncio de fecundidad y alegría: el relincho, son motivos más que suficientes para hacernos abandonar cualquier idea respecto a esa época, lo que le ha pasado seguramente al cronista.

La Cámara de las Estatuas

(Traducido de un texto árabe del siglo XIII)

ESTA es una leyenda musulmana sobre la conquista de España, y ha sido traducida literalmente.

"En los primeros días había en el reino de los andaluces una ciudad en la que residieron sus reyes y que tenía por nombre Lablit, o Ceuta, o Jaén. Había un fuerte castillo en esa ciudad, cuya puerta de dos batientes no era para entrar ni aún para salir, sino para que la tuvieran cerrada. Cada vez que un rey fallecía y otro rey heredaba su trono altísimo, éste añadía con sus manos una cerradu*ra nueva a la puerta*, hasta que fueron veinticuatro las cerraduras, una por cada rey. Entonces acaeció que un hombre malvado, que no era de la casa real, se adueñó del poder, y en lugar de añadir una cerradura quiso que las veinticuatro anteriores fueran abiertas para mirar el contenido de aquel castillo. El visir y los emires le suplicaron *que no hiciera tal cosa y le es*condieron el llavero de hierro y le dijeron que añadir una cerradura era más fácil que forzar veinticuatro, pero él repetía con astucia maravillosa: "Yo quiero examinar el contenido de este castillo". Entonces le ofrecieron cuantas riquezas podían acumular, en rebaños, en ídolos cristianos, en plata y oro, *pero él no quiso desistir y abrió* la puerta con su mano derecha (que arderá para siempre). Adentro estaban figurados los árabes en metal y en madera, sobre sus rápidos camellos y potros, con turbantes que ondeaban sobre la espalda y alfanjes suspendidos de talabartes y la derecha lanza en la diestra. Todas esas figuras eran de bulto y proyectaban sombras en el piso y un ciego las podía reconocer mediante el solo tacto, y las patas delanteras de los caballos no tocaban el suelo y no se caían, como si se hubieran encabritado. Gran espanto causaron en el rey esas primorosas figuras, y aun más el orden y silencio excelente que se observaba en ellas, porque todas miraban a un mismo lado, que era el poniente, y no se oía ni una voz ni un clarín. Eso había en la primer cámara del castillo. En la segunda estaba la mesa de Solimán, hijo de David — ¡sea para los dos la salvación! — tallada en una sola piedra esmeralda, cuyo color, como se sabe, es el verde, y cuyas propiedades escondidas son indescriptibles y auténticas, porque mantiene la castidad de su portador, ahuyenta la disentería y los malos espíritus y es de gran socorro en los partos.



Ilustración de Pedro Rojas

En la tercera hallaron dos libros: uno era negro y enseñaba las virtudes de los metales, de los talismanes y de los días, así como la preparación de venenos y de contravenenos; otro era blanco y no se pudo descifrar su enseñanza, aunque la escritura era clara. En la cuarta encontraron un mapamundi, donde estaban los reinos, las ciudades, los mares, los castillos y los peligros, cada cual con su nombre verdadero y con su precisa figura.

En la quinta encontraron un espejo de forma circular, obra de Solimán, hijo de David — ¡sea para los dos la salvación! — cuyo precio era mucho, pues estaba hecho de diversos metales y el que se miraba en su luna veía las caras de sus *padres* y de sus hijos, desde el primer Adán hasta los que oirán la Trompeta. La sexta estaba llena de elixir, del que bastaba un solo adarme para cambiar tres mil onzas de plata en tres mil onzas de oro. La séptima les pareció vacía y era tan larga que el más hábil de los arqueros hubiera disparado una flecha desde la *puerta sin conseguir* clavarla en el fondo. En la pared final vieron grabada una inscripción terrible. El rey la examinó y la comprendió y decía de esta suerte: "Si alguna mano abre la puerta de este castillo, los guerreros de carne que se parecen a los guerreros de metal de la entrada se adueñarán del reino".

Estas cosas acontecieron el año ochenta y nueve de la hégira. Antes que tocara a su fin, Tarik se apoderó de esa fortaleza y derrotó a ese rey y vendió a sus mujeres y a sus hijos y desoló sus tierras. Así se fueron dilatando los árabes por el reino de Andalucía, con sus higueras y praderas regadas en las que no se sufre de sed. En cuanto a los tesoros, es fama que Tarik, hijo de Ziad, los remitió al califa su señor, que los guardó en una pirámide.

Tal es la historia del castillo de Ceuta".

Las Peleas de Wáshington

TENEMOS ante nosotros los setenta mil hombres componentes del ejército continental. Se han escogido para su formación, los que aparte de arrojo y valor, son poseedores del vigor y resistencia como para una lucha del significado de aquella en que los americanos se hallan empeñados.

Infatigables, perseverantes, salvando los múltiples obstáculos que se interponen, abriendo brecha entre la verdinegra espesura de la foresta va en pos de un justiciero ideal el aguerrido y bravío ejército, y de entre ese acorazado conjunto — la flor y nata de la fuerza y el coraje de toda América del Norte — emerge, destacándose con destellos propios, la figura del más infatigable, del más perseverante y más valiente, el primero dispuesto para lanzarse a la carga y el último en desmontar su bruto: Jorge Wáshington.

Y es aquí, en el ejército, donde coteja su fuerza con los más experimentados y rudos luchadores, a quienes ha logrado vencer, *por lo cual se granjea la admiración y simpatía de todos, ya que* no es sólo en los campos de batalla donde pone en evidencia su endemoniada guapeza, sino también en el cuadrilátero de tabla, donde lo puede todo su vigor extraordinario.

Se justifica el elogio de un contemporáneo suyo cuando dice: "Pasad revista a todos los hombres que habéis conocido personalmente, o a los que sólo conocéis por referencia, sean oscuros o famosos. Si también los atletas, los herreros, los guías alpinos, y decidme si entre todos haya uno más ágil, más resistente, más fuerte de lo que sabemos que es Wáshington".

Con semejante entrenamiento, como lo significan los encarnizados combates guerreros y las rudas luchas deportivas, es natural que adquiriera su físico la apariencia de una granítica columna.

Sigamos ahora a Wáshington en su tarea de agrimensor gubernativo, pertrechado con su teodolito, su hacha y fusil, apareciendo y desapareciendo por entre montes y colinas o transformándose en un punto en la dilatada llanura.

Causas múltiples le obligan a veces a prolongar su estada en los diversos pueblos o ciudades que visita.

No puede sustraerse al deseo de practicar su sport predilecto, y lanza un desafío al más bravo y calificado luchador que se disponga a enfrentarlo.

Más de uno, luego, se siente arrepentido de haber aceptado...

El físico de Wáshington

La arquitectura física del campeón del federalismo americano era imponente y majestuosa cual una línea que surgiendo del suelo se elevara solemne y arrogante como un álamo. Venudo y fibroso, semejaba una escultura tallada en bronce y más de un gladiador de las arenas de un circo romano hubiera deseado para sí una contextura semejante. Su estatura se detenía al llegar al 1.88, y su peso, "sin un gramo de carne superflua", al decir de él mismo, alcanzaba los 87 kilogramos.

Poseía una de las condiciones más indispensables que se requieren para poder ser un perfecto luchador: caderas recias, y tan recias eran las suyas que su busto tenía casi la misma anchura de los hombros a la cintura.



Wáshington, campeón de salto en largo

Es por la época en que Nathan Hale y Lindley Murray eran los atletas que mejores marcas ostentaban en los saltos, especialmente en el largo. Wáshington se cree con medios y habilidad suficiente como para batir las performances de los recordmen mencionados, y en un torneo que se efectúa entre los participantes inscriptos figura él. Amuralla el gran cuadrado verde donde se efectúan las pruebas, un crecido y rumoroso público.

Las marcas dadas a conocer sorprenden a todos por lo inesperadas, ya que el mejor salto no ha sido ejecutado por ninguno de los favoritos del público, sino por Wáshington, que ha saltado 6.91 metros, siguiéndole Murray con 6.70, quedando bastante atrás Hale, con un salto de 6.10.

El empecinamiento de Snowden y la saciada curiosidad de una artista

Snowden, ese hombre de la colosal caja toráxica, revocada de una musculatura maravillosa, inventor del aparato gimnástico que lleva su nombre (infaltable en la habitación de todo veleidoso Don Juan ventrudo y cuarentón), tenía en Wáshington un contrincante imbatible. En efecto, éste lo vence en una reñida lucha, pero Snowden, no conforme, le pide la revancha, en la cual es nuevamente derrotado. A pesar de este nuevo fracaso, cree poder vencer al virginiano en las diversas pruebas del atletismo, y lo desafía a disputar una carrera. Ella se lleva a cabo. Snowden llega a la meta cuando Wáshington ha terminado de saborear un exquisito refresco.

No se convence el gran gimnasta de su inferioridad física respecto a Wáshington, ni aun después de ser vencido por éste en el remo, el salto y en varios juegos, por el solo hecho de haber logrado levantar con su brazo izquierdo mayor número de kilos que los levantados por el brazo del férreo Jorge.

El preciado marco de popularidad que rodeaba a Jorge G. Wáshington provoca en una joven y célebre artista el deseo incontenible de conocerle personalmente; pero lo que le agujetea muy especialmente, incitándola a ello, no es lo que lógicamente nosotros podríamos suponer que fuese: experimentar la delicada satisfacción de sentirse hamacada en la voluptuosa nube espiritual surgida del verbo cálido e inspirado del insigne libertador, sino el poder extasiarse en la contemplación de tan hermosa estampa de varón.

Entre un grupo de bellas caritas de mujeres, suavizadas por amieladas sonrisas, hubo quien, refiriéndose a Wáshington, con el entusiasmo propio de una colegiala, decía: "Es el *cuerpo más her*moso que jamás hayan contemplado mis ojos; para decirlo mejor, toda una perfecta escultura".

Quien así hablaba, no era otra que la inquieta y curiosa artista, convertida en la más fervorosa admiradora de Wáshington.

Lo que no se ha podido estipular con toda la claridad deseable, ha sido, cómo y en qué circunstancias ha contemplado a éste desprovisto de sus prendas...

Cuestión de medidas... Wáshington versus Sullivan

Relataré una escena que tuvo por teatro los días aquellos en *que las planas de los diarios* norteamericanos salían repletas de detalles y hechos de la vida de John Sullivan, quien acababa de consagrarse en gran forma campeón de todos los pesos.

En uno de los tantos "night clubs" neoyorquinos, donde suelen reunirse esos inofensivos señores del gran habano en la boca y de la gruesa cadena de oro en el chaleco, que tanto se dan a abocar un tema del más rancio espiritualismo, como del más prosaico materialismo (más rancio que de lo otro); departían varios poderosos banqueros sobre la complexión física del flamante campeón, cuando uno de ellos, que además de millonario era un maniático investigador de originalidades históricas, afirmó que Wáshington, sin tener la fama de Sullivan — a quien se le asignaba como un ejemplar maravilloso de perfección física — había tenido un tórax más amplio que el de éste. Uno de los contertulios, sea ya *por puro* espíritu de contradicción o por creer sinceramente en la imposibilidad de tal cosa, negó veracidad a esta opinión, lo cual motivó una acalorada discusión que fué a morir, luego, en una fuerte apuesta. Se nombró el depositario y ambas partes se lanzaron a la conquista de las medidas antropométricas de los adversarios en esta extraña competición.

Las medidas de Sullivan se pudieron obtener sin mayores dificultades, pero no pasó lo mismo con las de Wáshington, ya que, para ello, fué indispensable hacer un viaje a la ciudad epónima.

En el Patent Office de dicha ciudad, existe una chaquetilla que perteneció al glorioso libertador de América, que es la misma que usó cuando dimitió el cargo de comandante general. No había nada mejor que acudir a ella para obtener lo deseado.

Se tropezó con grandes dificultades, ya que su director se opuso categóricamente a acceder al pedido solicitado, pero como por aquellos pagos, al igual que en los nuestros, la "recomendación" y la "influencia" lo puede todo, los datos requeridos fueron concedidos, a pesar de la resistencia del obstinado director del "Patent Office".

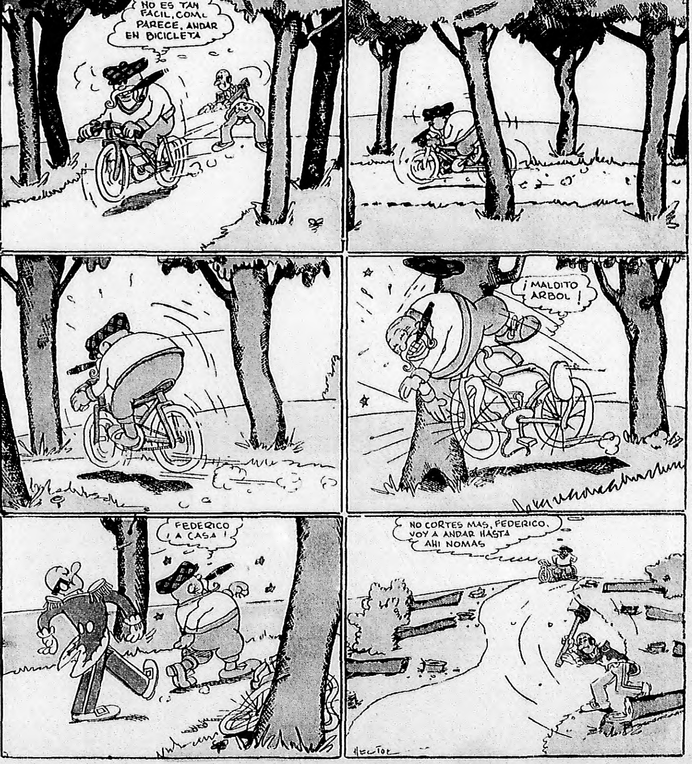
Las medidas correspondientes a la circunferencia toráxica bajo las axilas (motivo de la polémica), de Jorge Wáshington, de acuerdo a la chaquetilla mencionada, eran de 1,12 metro. Aventajando en varios centímetros a las obtenidas del tórax de John Sullivan, que sólo alcanzaban a 1.08.

POR

ALFREDO SANTOS PRESACO

ILUSTRACION DE PREMIANI

El Nuevo Rico ★ *por H. Rodríguez*



Honorable Excursión

UN artículo que el Japón recibió con asombro.

¡COMO! Ya son las cinco de la mañana. ¡Cómo marcha de ligero el tiempo! Jamás será posible que tenga el tiempo de preparar mi "toilette" en seguida, para salir en el tren de las diez de la mañana. Y yo no puedo faltarle al Señor que me ha invitado ni, sobre todo, a las dos honorables amigas que tengo el honor de llevar conmigo. Serán la Señorita Bien-Hecha y una dama vecina que está casada. El aire libre hará bien al señor, su pequeño hijito.

Al presente estoy en tren de preparar mi largo cinturón. Se cose al revés contra el derecho. En seguida se da vuelta todo, como una piel de anguila. Es necesario que sea absolutamente rectilíneo y que ninguna punta se vea. En seguida me peinaré cuidadosamente a cuclillas de delante del espejo. Hay siempre alguna cosa que falla. Es tan difícil colocar elegantemente las agujas. Al mismo tiempo *me cubriré el rostro y* el cuello con leche de belleza. Esto es obligatorio.

Ver Enoshima, hacia donde me dirijo, dicen que es maravilloso. Es una isla muy próxima a la costa. Debe haber allí pinos bien torcidos y rocas de todos colores. No tendré jamás la ocasión de volver a hacer este extraordinario paseo. ¡Es preciso tener dinero, ¡ay de mí!

Mi señor padre es funcionario de la Aduana de Fusan, en Corea, y si bien lleva un uniforme muy adornado, no gana bastante para enviarme mucho dinero. Es verdad que después de la muerte de mi señora madre, se ha vuelto a casar dos veces y tiene siete nuevos hijos que educar. Yo no los conozco a todos. Mi señor padre piensa mucho en mí. Mi señor hermano mayor no es tampoco rico. Está casado en Tokio. No lo veo frecuentemente, pero, a pesar de que, siguiendo la regla familiar, sea yo quién deba trabajar para él, él me hace algunas veces un pequeño regalo de dinero. Podría habitar en casa de mi señora abuela que es rica. Dirige uno de los restaurants de Kozu. Pero, prefiero vivir en Tokio, donde me siento mucho más feliz. Ser de Tokio importa tan grande dignidad! Cuando voy de visita a Kozu todo el mundo me respeta como una persona de la capital. Habito aquí en casa de mi señor tío, donde soy alojada y alimentada; en cambio, se me pide que ayude un poco a la sirvienta en la limpieza y cocina. A parte de esto mi señora tía no se ocupa mucho de mí. Estoy en relaciones excelentes con sus señores hijos, que son solamente dos: mi señor primo, de veinte años, que ayuda en el honorable negocio y mi señorita prima, de trece años, que va todos los días a la escuela.

Se debería llevar cada día una "toilette" nuevo, pero no soy lo bastante rica. En consecuencia, cada vez que salgo, cambio alguna cosa, de manera de no ser dos veces la misma. En todo caso existe la "toilette" del Año Nuevo, que debe ser absolutamente nueva. Se debe tener una "toilette" nueva para las fiestas de Febrero, después en Abril, cuando florecen los cerezos. Enseguida vienen las fiestas de los muchachos, la fiesta de las glicinas, después viene el verano. En el Otoño el cinturón debe reproducir como en las otras estaciones los motivos de la estación. No ya mariposas, sino hojas rojas de abeto, y enseguida crisantemos. Es la fiesta del Arroz Nuevo. En seguida viene la "toilette" de la nieve.



POR
Tomás Raucat
Ilustró Sorazábal

Al año siguiente nada de esto sirve porque se ha envejecido. Los colores deben ser menos vivos y los dibujos más pequeños.

★

El último paseo de que me acuerde, fué hecho en ocasión del florecimiento de los cerezos. Me invitó mi señor tío. Fué magnífico. Cerró el honorable negocio y hasta hizo venir una señorita geisha que nos acompañó llevando su mandolina envuelta en un gran trozo de seda blanca. Estaban, también, mi señor primo y un joven señor, su amigo. Después, mi señora tía, que llevaba en bandolera vino sake, mantenido tibio en una botella Thermos. Mi joven prima llevaba dulces de arroz glutinoso y papas secas. Yo llevaba la estera en que habríamos de sentarnos luego.

Durante todo el camino, la avenida de cerezos, era emocionante. Hasta perderse de vista todos eran grandes árboles rosas y blancos, más brillantes que lo que se pueda concebir. Quemaban los ojos. Y, atrás, gentes que bebían y cantaban jubilosamente. En la época de los cerezos todo el mundo debe ser feliz, no hay razón de que sea de otro modo.

Nos costó trabajo encontrar un lugar libre bajo un cerezo. Al fin extendí mi estera y nos sentamos encima, formando ronda. La señorita geisha se puso en el medio y toda la tarde nos tocó y cantó poesías de circunstancias, los aires modernos tanto como los antiguos, y sobre todo la Danza del tiempo de Gen-roku, melodía que me gusta tanto, a ratos tan alegre y a ratos tan melancólica.

Varias personas vinieron a sentarse al lado nuestro, para escuchar la música, y un joven señor que estaba disfrazado y que *había bebido un poco*, quería levantarme para que bailara con él, como lo hacen los americanos. Pero bailar con un señor es abominable. Se puede bailar sola únicamente. Así que me reí mucho y me quedé cortesmente sentada.

Hacia las cinco de la tarde terminó la excursión. Mi señor tío llevó a los jóvenes señores a concluir la velada en la más bella "joroya" del barrio reservado de Susaki, en Tokio. Había elegido éste porque hay entre las honorables casas de prostitución una avenida de cerezos que es célebre. Mi señor tío se limitó a comer arroz y beber sake, pero ayudó a los jóvenes a elegir las más bonitas muchachas; los esperó luego, y volvió con ellos. Mi señor primo me dijo al día siguiente que del cuarto que él había ocupado con la señorita, veía brillar bajo la luna la hilera de cerezos. Parece que esto es *espléndido.*

Entonces, dos días después, llevé tres de mis amigas, las señoritas Príncipe, Ribera Apacible y Honorable Fuente, para ver una noche la avenida de cerezos. Era verdad lo que había dicho mi señor primo. Yo no hubiera creído que existieran en Tokio cerezos tan grandes y viejos. Miramos también las casas. Antaño, las bellas señoritas estaban expuestas a la entrada; pero ahora, ¡ay de mí! no se puede admirarlas más que en fotografía. ¡Qué grandes y bien logrados salen sus retratos! ¡Y cómo están de bien vestidas!

★

Otra vez fuí al cinematógrafo. Me gusta mucho el cinematógrafo. Me gusta también el teatro, pero prefiero el cinematógrafo porque es una imitación de lo extranjero. Las localidades cuestan más caro y es más distinguido. El espectáculo fué muy bello. El señor que explicaba las cintas a medida que se desarrollan tenía una voz sumamente dramática.

Cuando aquello comenzó, la joven señorita rubia estaba pegada por los cabellos a un aeroplano, y el mal señor que era pasajero, ensayaba de hundirle los ojos con su estilográfica. Todas las damas asistentes estaban estremecidas. Felizmente, el señor novio periodista llegó a caballo sobre su águila domesticada, que se comió las telas del aeroplano. Siguió a esto una caída vertiginosa...

He aquí lo que yo he retenido a causa de la explicación del señor recitador de argumentos. Todas esas gentes se movían en un torbellino tan frenético que yo tenía los ojos empañados. Durante todo el tiempo que duró la cinta traté en vano de comprender y estaba maravillada.

En seguida hubo un film japonés grandioso y que emocionó más que de costumbre. Me presentaron al honesto señor abuelo carpintero, después a la honorable y numerosa familia. En fin, ví al hijo malo y para que yo lo reconociera, era el único vestido a la europea. En el film se sucedieron muchas desgracias. Entonces todos o casi todos, han preferido matarse. La historia concluyó tan sólo cuando todos los señores y damas que yo conocía habían muerto de pena ahogados, sucumbido de tristeza, encerrados en prisión.

Yo voy raramente al cine, y cada vez la emoción me fatiga. A veces tengo que cerrar los ojos así escucho mejor la historia y me emociono más.



Conquistadores

POR
Enrique Puga Sabaté
Ilustración de Sorazábal

★

YO tuve un amigo inefable, cordial. Hubiérase dicho que siempre vivió su primer amor junto al corazón de una mujer morena, enamorada y feliz. Mas, pese a su temperamento expansivo, sólo poco antes de su muerte me enteré de qué peregrinos medios se valía para subsistir, esto es, "para perdurar en el espectáculo de sus males", como solía afirmar, desmintiendo tal aseveración con la más amplia y contagiosa sonrisa.

De su confesión, amarga y truhanesca, me quedó una enseñanza nueva y ese sabor acre, como de resina, que sedimentan las revelaciones insospechadas. Porque, la verdad, nunca hasta entonces había imaginado que mi conocimiento de los hombres fuese tan extraordinariamente relativo.

★

Conocí a Pedro Wellers en una excursión que hice a las sierras cordobesas, aprovechando unas vacaciones que me concedió el diario en que trabajaba. No fuimos presentados: se presentó por sí mismo. En realidad, pertenecía a esas naturalezas que se imponen por presencia, sin necesidad de intermediarios. Conservo nítida la impresión que me produjeron sus ojos de claras aguas verdosas, sus grandes cabellos rubios, su contextura atlética, como la de un soldado espartano; y, sobre todo, una absoluta confianza en sí mismo que trascendía toda su persona y sobornaba de inmediato la confianza y el afecto de cualquiera. Añádase a esto que su conversación acusaba, por sobre el optimismo ligero que las regía, un fondo de vastas lecturas y un conocimiento profundo de la sociedad y de la vida. Jamás logré sorprenderle en un gesto o en una palabra fuera de tono, y quince días después de conocerle me parecía uno de mis viejos amigos de la infancia. Por ello, al despedirnos en Córdoba, terminada mi breve vagancia, lo hicimos con emoción verdadera. Creo que fué la única vez que advertí en sus ojos una niebla como de lágrimas que no llegan; y aun diviso, a través de veinte años, su enérgica figura que, desde el andén de la estación, agitaba virilmente la mano, alta y lenta, como tendiéndoseme desde el corazón de una isla ignota.

★

*En Buenos Aires prosiguió in*alterable nuestra amistad. Todo el tiempo que mis obligaciones y compromisos me lo permitían, lo pasaba a su lado. Pedro Wellers, de alguna más edad que yo, llegó a constituir para mí el báculo y el índice. Siempre distinto en sus conceptos, vario en su actitud mental, polifacético y contradictorio, cada entrevista acuñaba una medalla nueva en la dúctil cera de mi espíritu. Así llegué a vislumbrar que en aquel hombre desconcertante, lo que menos anidaba era el deportista: una máscara apenas. Amaba los pájaros, los niños; y tenía por las flores una pasión rayana en el misticismo.

Vivía holgadamente en un pequeño y amable departamento, sobriamente alhajado, del que cuidaba un japonés, su única servidumbre. Por otra parte, no necesitaba más; era solo y nunca supe que anduviese en amoríos. Los años rodaban sus aguas sobre su vida como sobre un cristal, tan invariables eran sus costumbres.

Solía tener ideas un tanto raras. Recuerdo que muchas veces me habló de la dulce esterilidad de los desiertos y de la sinrazón de multiplicarse. Creía, posiblemente, con el iluminado oriental, que el gran mal es la reproducción. Pero esto no era en él una afirmación pesimista; todo lo más una actitud filosófica, derivada Dios sabe de qué experiencias.

Una noche lo hallé enfermo. Entraba por primera vez en su dormitorio, y me asombró advertir sobre su lecho el símbolo de los rosacruces. Me saludó con una desvaída sonrisa.

—Mi vieja aneurisma, amigo mío; una aneurisma a la aorta, que ayer vino a recordarme la fragilidad de la existencia humana y lo deleznable de nuestras tentativas. Nunca te hablé de esto. ¿Para qué?

Nos miramos en silencio, comprensivamente. ¿Qué consuelo podían llevar mis palabras a un alma como la de mi amigo? Me senté a su lado y, por hacer algo, le tomé el pulso. Me dejó hacer, sonriendo, y, subitáneamente, incorporándose, apoyado contra un espeso almohadón, me espetó esta extraña pregunta:

—Dime, ¿conoces la verdadera historia de los descubridores de América?

Sus ojos se iluminaron ante mi gesto de estupefacción.

—No, hermano mío; no he perdido el juicio. Estoy perfectamente sereno y quiero hacerte una confesión, antes de que un ataque definitivo me lleve a uno de los planos astrales, quizá por algunos miles de años. Lo que quería decirte es que América no ha sido descubierta por los fenicios o los noruegos; ni siquiera por Cristóbal Colón, aquel enérgico aventurero genovés, gallego o catalán. América ha sido descubierta por mí y por mis amigos.

En tanto mi asombro iba "in crescendo", la fisonomía de Pedro Wellers, por lo general jovialmente serena, se iba encendiendo al calor de un recuerdo que parecía regocijarle mucho.

—Sí — prosiguió — la gloria de haber descubierto el Mundo Nuevo nos pertenece. Descubrir una fracción de mundo no es descubrirlo físicamente, en su extensión geográfica inerte: es "descubrirlo" psicológicamente, en la modalidad nueva que a los conquistadores y sus descendientes impone el nuevo teatro de sus andanzas y peripecias. Algo semejante a lo que ha ocurrido con las ondas de Herz. No fué el ilustre físico alemán quien dió vida a su descubrimiento. Herz fué el Colón; Marconi y otros los que, al aprovechar las ondas sutilísimas, certificaron el descubrimiento en lo que tenía de "humano", si la expresión cabe. Y ello es precisamente lo que importa, lo que trasciende. Sin Marconi y los otros, Herz habría muerto en el olvido. Como Colón.

—No me convence tan original teoría — protesté —. El genio de Herz...

—Ni me interesa tu convencimiento — cortó con vehemencia, — ni creo en los genios. Creo en aquellos que, en distintas esferas, han coadyuvado de un modo inmediato, práctico, eficaz, a que la humanidad vaya cambiando sus puntos de vista artificiales. Honor, piedad, amor, paciencia... palabras sin sentido en esta época de lamentable transición. Un gran ladrón, un criminal científico, un jugador ventajoso, son seres infinitamente más útiles a la evolución de la sociedad que todos los que predican los evangelios en las encrucijadas y plazas de nuestra ciudad. Los hombres sólo "ven" cuando surgen, cuando se les engaña. Las buenas acciones pasan por sus vidas sin dejar huella, como las aves por los aires.

Yo estaba aturdido, descentrado, como sucede siempre que se pretende desposeernos de nuestras convicciones. Observé, apesadumbrado, que el rostro de mi amigo se había endurecido.

—Sí — añadió, — los hombres únicamente obedecen al mal, porque el mal es árbitro de esta era. Siglos futuros tendrán otros signos. El que vivimos es así...

—Escucha — añadió reflexivamente, con el semblante ya dulcificado; —yo, como tú, también creí en todas esas inocencias, alas tendidas hacia costas azules o doradas que nunca fueron mías como no lo serán tuyas. Hijo de burgueses, educado en los mejores colegios, llegué a ser médico; me sucedió lo que al personaje de Mirabeau: era necesario robar. De lo contrario, vivir miserablemente. Y no he nacido para la miseria: es fea, sucia, asquea. ¿Qué hacer, solo en el mundo con un título inservible en manos de un hombre honrado?

Hizo una pausa.

—Me salvó el héroe de Mirabeau. Tenía tres amigos. Éramos, y somos, como los cuatro mosqueteros. Decidimos fundar una "entente cordial". Debo enorgullecerme de la idea, ya que fué mía: soy todavía el presidente de una sociedad desconocida por todos: la de "los verdaderos descubridores de América". ¿Entiendes, ahora? Nosotros explotamos, desde hace veinte años, la psicología absurda de este pueblo cándido y superficial que no tiene ninguna. Nadie como nosotros ha sabido aprovecharse de los convencionalismos dejados aquí por los conquistadores hispanos y por los hombres de otras tierras que vinieron después. Los más ingeniosos procedimientos fueron ejecutados por nosotros. Podría escribir, ordenando mis apuntes, un voluminoso tomo, curiosísimo. Pensaba hacerlo, pero esta malhadada aneurisma no me dará tiempo para ello. Quizá algunos de mis amigos...

Reposó un instante, mientras me observaba cuidadosamente.

—¿No entiendes, verdad? ¡Bah! ¡Es tan sencillo! ¿Cómo puede aprovecharse esa psicología, esa candidez infantil de nuestro pueblo? Imagina procedimientos más perfeccionados que el viejo cuento del billete de lotería o de la herencia imaginaria. El campo es vasto. Te contaré algo. Lo primero que hicimos fué pedir dinero a los muertos. Más de doscientos muertos sostuvieron nuestras vi*das costosas y elegantes por es*pacio de cinco años. Hasta mi quinta de Olivos la construí con dinero de ultratumba. ¿No entiendes? Escucha. Un señor N. N., rico, desde luego, tuvo un hijo, un hermano, a quienes quiso mucho. Se averiguan antecedentes, cosa sencilla; y un buen día se va a visitar al "muerto"... a casa del vivo. Sorpresa por la "prematura desaparición" insospechada, dolor simulado, cultivo de la amistad del vivo en gracia a la amistad que nos vinculó al muerto, a quien nunca vimos. Después... después, mil unidades de nuestro sistema monetario, dos mil, tres mil... Y, como este timo de buen gusto, otros centenares que podría contarte. ¿Qué me dirías de un elegante capitán de navío que fué a Tucumán en época propicia, usando irreprochablemente un monóculo, y en una semana aligeró de cien mil pesos a los socios del más aristocrático club tucumano? *Aquel ca*pitán falsificado era este mismo que ves aquí, próximo a desintegrarse bajo la garra vulgar de un aneurisma...

Yo estaba transtornado; mi asombro era metafísico.

—¡Tú!... ¡Tú!...

—Sí, yo, hermano mío, yo. No me juzgues demasiado precipitadamente, te lo ruego. Ten la certeza de que partiré llevándome de tu amistad el más grato, el único grato recuerdo verdaderamente puro de mi camino.

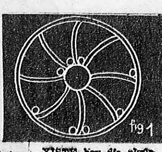
—Ya lo sabes — agregó sonriendo, — América no fué descubierta por Colón, ni por los escandinavos, sino por nosotros, por los sinvergüenzas que vinimos después...

. . . .

Tal la estupenda revelación, lector.

Hoy, que sigue apasionando a muchos la verdad acerca de a quien debe colgársele el San Benito de haber descubierto estas *tierras americanísimas, me pa*rece oportuno dar a conocer este nuevo punto de vista que, por lo menos, tiene sobre los otros el mérito incontrovertible de que a nadie se le ocurrirá ponerlo en duda.

El Movimiento Continuo



EXISTE hoy día algún número de problemas cuyo interés ha decaído notablemente, por la sencilla razón que la imposibilidad de su solución se ha podido probar. Algunos de dichos problemas eran puramente especulativos: la trisección de un ángulo, la duplicación de un cubo, sobre todo la cuadratura del círculo. Otros fueron de índole esencialmente práctica: la más célebre a través de la historia ha sido la trasmutación de metales en oro (de doble pretensión, pues los alquimistas, con lógica tan escasa como quimérica, creían que la piedra filosofal, de descubrirse, también constituiría una panacea medicinal). A esta última categoría pertenecieron igualmente, con notable popularidad, las máquinas de movimiento continuo.

Es término sobre el cual hay que entenderse. No es máquina de movimiento continuo sino aquella que pudiera funcionar, es decir, producir trabajo, sin consumir nada, sin la ayuda de ninguna fuerza externa de energía. Nada, pues, tienen que ver con movimiento continuo esos relojes, bien conocidos hoy, que marchan efectivamente sin que nadie los atienda periódicamente, pero que mediante delicados mecanismos reaccionan a los cambios de temperatura o de humedad. El aire es aquí el que les da cuerda. El mismo tipo, con más o menos evidencia, ilustran esos relojes pulseras a los que los movimientos de la mano van restituyendo de modo desordenado la tensión que van constantemente perdiendo, o también esas curiosas maquinitas compuestas de paletas ligerísimas que se mueven dentro del bien graduado vacío de dos globillos de vidrio superpuestos, y que a veces llaman la curiosidad del transeúnte en las vidrieras de las ópticas o farmacias.

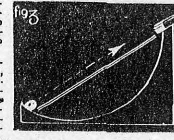
La pretensión de los buscadores de movimiento continuo es otra. Quieren que la máquina, sistema independiente, fabrique su propia energía y vaya venciendo los coeficientes de fricción. Es evidente que un cuerpo suspendido en el vacío absoluto conservaría cualquier impulso inicial; desgraciadamente, la suspensión sería tan imposible como la obtención del vacío absoluto. Se trata, pues, de aceptar ese coeficiente de fricción y tratar de vencerlo. Pero para vencerlo, es necesario que a cada ciclo la máquina produzca más energía de la inicial. Y esto es lo irrealizable. No se trata aquí de la fricción considerada como desgaste; aun admitiendo idealmente éste como nulo, la máquina de movimiento continuo no puede existir: instante por instante va perdiendo energía.

¿Pero no es que por el contrario la energía se conserva? Sí, se conserva, pero al mismo tiempo se pierde. Se conserva íntegramente en cantidad; pero se desgasta en calidad, se deprecia, se transforma en calor. Esto es lo que nos enseña la termodinámica, cuyo primer principio, o de conservación de la energía, es, precisamente, aunque pareciera lo contrario, el que se opone a que pueda haber una máquina de movimiento continuo. El calor producido por toda trasmutación equivale a la fuerza gastada, y la compensa; pero con ese calor, forma bastarda de la energía, no se puede volver a componer una energía igual.

Es de hacer aquí la reserva de que el susodicho principio de termodinámica no es del orden de las certezas absolutas. La prueba lógica de su infalibilidad ha sido imposible. Sólo que empíricamente, nunca, jamás se le ha podido encontrar una excepción. Y por eso tenía razón la Academia de Ciencias de París cuando desde 1785 rechazaba sin el menor examen cuanta propo*sición se le elevara en el sen*tido de descubrir ese "perpetuum mobile" que, sin embargo, seguía apasionando al público y cubriendo de fama o dinero a sus héroes.

Porque si hubo entre estos últimos algunos sinceros alucinados, hubo no menos conscientes farsantes. Se dió en una época el "cuento del perpetuum mobile", como hoy persiste el cuento de la máquina de fabricar billetes. ¿Cómo funcionaba ese pretérito procedimiento de estafa? Pues, o fingiendo el inven*tor que necesitaba capital para* poner la última mano a su maravilloso dispositivo, o exhibiendo, con fines de venta, una falsa máquina con su bien oculto agente de energía.

Así la rueda del canciller Orffyrens, alias Bessler, que logró encontrar a un ilustre patrón y hasta conmover a un matemático. Este último admirador le fué sin embargo perjudicial, pues con culpable curiosidad pretendió desarmar el aparato. Como es de suponer, su inventor se opuso, y optó finalmente por destruir, con resignado



gesto heroico, su famosa rueda.

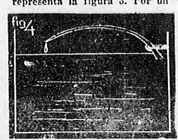
El sistema visible de ésta se basaba, a semejanza probable del marqués de Worcester, en un dispositivo muy a propósito, por cierto, para tentar a los primarios de la ciencia. Su esquema es el que adjuntamente reproducimos (fig. 1). La ingenua paradoja quería que las bolillas encerradas en cada uno de los tabiques de la rueda no necesitaran tanta energía al subir como producían al bajar, porque los caminos recorridos eran más cortos en un caso que en otro.

Más ingenuos todavía resultaban ciertos aparatos hidrostáticos. Algunos consistían en una simple copa, llamada de Papin, terminada en un canuto encorvado de modo que la extremidad de éste volviera a caer en *la boca de la copa* (fig. 2). El inventor (que en este caso no pasaría del papel), pretendía que la presión ejercida sobre la superficie más ancha del agua de la copa, era mayor que la que obraba sobre el orificio superior, de modo que por éste el agua fluía continuadamente, cayendo de nuevo y para siempre.

Dejamos al lector el mínimo esfuerzo de imaginar si una vez conseguido (por inclinación del sistema o succión del orificio) que el aparato eche a andar, puede suceder otra cosa, a *los sencillos ojos de la lógica y* la experiencia elemental, que la nivelación del líquido en ambos recipientes, en cuanto una pequeña cantidad se haya volcado en la copa. De todos los movimientos continuos imaginados, éste es seguramente el más efímero: no alcanza a cumplir ni una pequeñísima fracción de ciclo. Es, además, de los más difíciles de falsificar. ¿Cómo obtener su funcionamiento aparente sin conductos suplementarios demasiado visibles? Fracasarían en la prueba, ayudadas por los más secretos prestidigitadores, las más acreditadas empresas de aguas corrientes.

Otros pretendían haber descubierto un agente misterioso, capaz de interceptar la fuerza de gravedad; es evidente que en este caso los cuerpos se podrían hacer subir sin trabajo y en cambio lo producirían al bajar, en cuanto se retirara el milagroso aislador.

La curiosa propiedad de los imanes también fué aprovechada. Imaginemos el aparato que representa la figura 3. Por un



plano inclinado sube un cuerpo atraído por un imán, pero antes de llegar a él cae por un agujero y baja por la pendiente inferior hasta el punto de partida, donde el imán lo vuelve a atraer. Esto no es técnicamente absurdo; lo que pasa es que *el imán es aquí tranquilamente* el agente de energía; todo lo que se ha hecho es descomponer y complicar el sencillo movimiento de atracción.

Para que esto fuera realmente una máquina de movimiento continuo, habría que hacer que la caída de la bola volviera a imantar el imán. Esto se podría conseguir, al menos idealmente, por medio de la electricidad; pero lo malo es que nunca la bola podría sustituir a este electro-imán más energía de la que ha gastado, sino a lo sumo la misma. Y entonces, ¿con qué se vence la fricción?

Existen muchísimos otros dispositivos, más o menos complicados, y casi todos a la vez inge*niosos y pueriles, sobre los cua*les no insistiremos aquí: bástenos distinguir entre todas la máquina, por excepción muy lógica y científica, salvo naturalmente en la base, de Juan Bernouli, el matemático suizo. Se basaba en la diferencia de densidad de dos líquidos mezclados, y su descripción por su autor constituye, aun ahora, una curiosidad muy agradable. El interesado lector puede consultar el libro de Dircks, sabio inglés del pasado siglo, sobre el tema que nos ocupa.

Nosotros nos contentaremos, para terminar, con examinar dos mecanismos basados sobre el conocido fenómeno de capilaridad. El más sencillo se componía de un tubo fino de vidrio de forma curva que elevaba el agua de un pequeño depósito y la goteaba al mismo por su orificio libre (fig. 4). El otro, llamado de Congreve, hizo furor en su tiempo. Sea el prisma triangular de la figura 5, que reduciremos idealmente a un triángulo rectángulo cuya hipotenusa va limitada por dos rodillos o poleas. Sobre éstos corre, primeramente, una cinta de esponjas, luego, una cinta de pesas. El aparato descansa sobre el agua. Las esponjas absorben el agua por capilaridad en el cateto vertical; no sucede lo mismo en la hipotenusa, a causa de la presión ejercida por las pesas. Por consiguiente, las esponjas del cateto vertical son proporcionalmente más pesadas que la de la hipotenusa; esto basta a imprimirles un movimiento de arriba a abajo en dicho cateto, y en totalidad, giratorio.

Por José María Torres

EL MUNDO NACIENTE



EL curioso habitáculo del hombre prehistórico. — Su alma. — El nacimiento de las industrias: un drama bárbaro entre monstruos feroces y cataclismos naturales, hace millones de años.

POR

Sergio Aranda

LOS primitivos habitantes de las pampas, fueron seres agrupados en pequeñas hordas, que erraban por un mundo inmenso. Nunca fué más vasto y misterioso el Universo a los ojos del hombre. Las distancias mismas — que millones de años después acortaría el caballo — eran entonces un factor decisivo en el juego de la tragedia que por todas partes lo acechaba. La tierra estaba poblada de monstruos, y las tempestades cuaternarias, diluvios inconcebibles para el hombre de hoy, mantenían inundadas las tierras bajas durante medio año.

La pequeña horda seguía el curso de los ríos. El agua y el fuego eran su preocupación *fundamental*, y, con la primera chispa de razón, estos elementos cobraron un carácter de divinidades propicias para la mente del hombre fósil. Los cursos de agua, los ríos, las lagunas, aseguraban la caza; el fuego, era a la par que un elemento de defensa, *el principal instrumento para* fabricar los útiles necesarios, para aguzar los punzones, endurecer las puntas de las picas. Todos los animales poseían grandes medios de ataque y de defensa. Los que no tenían enormes colmillos, disponían de garras poderosas. Los que no estaban protegidos por una coraza impenetrable al zarpazo y a la dentellada de sus enemigos, encontraban en la carrera veloz un medio de seguridad y una forma de defensa. Sólo el hombre era el más miserable de entre estos seres: su cuerpo desnudo carecía de protección, sus fuerzas no eran nada comparadas con las del sanguinario "smilodón" o del poderoso "artoctherium"; lenta como una tortuga resultaba su marcha si se la comparaba con la carrera del ciervo o el galope del prehistórico caballo.

Pero no obstante esta falta de recursos naturales, el hombre fósil, luchaba y se imponía. Poco a poco los monstruos iban cayendo ante él, las distancias eran cubiertas, y las grandes hogueras, que a veces apagaba el repentino desgarrarse de una tempestad, brillaban *enormes y victoriosas* en sus campamentos de caza.

La existencia del hombre fósil, tan próxima a la naturaleza, hasta el punto de confundirse con ella misma, había de variar lógicamente de acuerdo a la índole del terreno que habitaban las distintas hordas. El hombre fósil de Europa, conoció el abrigo natural de *las grandes cavernas*. Esto le prestó cierta estabilidad, y las hordas errantes en terreno montañoso, siempre podían contar con las grietas y los meandros de las rocas, para ocultarse allí, cubriéndolas, además, con ramas y manojos de malezas: el hombre prehistórico de las pampas, no conoció nada de esta ayuda natural. Más desamparado que cualquiera de



sus congéneres, la vida le arrojó inerme y desnudo sobre un suelo liso como el paño de un billar, sin posible resguardo para la intemperie y sin un lugar donde ocultarse en caso de persecución. No pudiendo vencer en la carrera a las grandes bestias carniceras, no pudiendo tampoco hacerles frente con las armas rudimentarias de que disponía, su total extinción hubiera sido una simple cuestión de tiempo en ese escenario natural, desprovisto de todo repliegue protector, de todo accidente topográfico que *pudiera representar* una valla o una fortaleza.

El ingenio, suplió no obstante este desamparo inicial; y el hombre fósil de las pampas fué el constructor de una morada única, mezcla de caverna, de casa y fortaleza, para lo cual se valió del blando suelo natal combinado con las enormes corazas óseas de sus propios perseguidores.

El glyptodonte era un raro animal de la época prehistórica, muy semejante a nuestros actuales armadillos; sólo se diferenciaba de ellos por *la enormidad de su tamaño*. Su caparazón ósea, verdadera valva de tortuga monstruosa, medía, término medio, 1,64 m. de diámetro longitudinal y 1,32 m. de diámetro transversal; su concavidad describía un arco que en el centro de la caparazón dejaba una luz de *1 metro con 5 centímetros de* altura. Fácilmente se concibe, que una vez arrancada del animal y colocada de plano en el suelo, basta ahondar un poco la tierra debajo de esa caparazón, para obtener un abrigo de 1,50 ó 1,70 m. de altura, donde con toda comodidad podía acurrucarse el hombre fósil. Muchos salvajes actuales no disponen de un refugio tan cómodo ni tan seguro. El hombre de las pampas encontraba, pues, en él, la manera de escapar a cualquier persecución, y, cubriendo su fondo con una colcha de hierbas, podía convertirlo en un confortable abrigo para pasar las frígidas noches de los inviernos cuaternarios. Tal fué la primera "casa" de los primitivos habitantes de la llanura, y las cercanías de los ríos y de los lagos, punto de concentración de la horda, aparecían sembradas de corazas de glyptodontes, que ocultaban en su interior la pequeña celda, habitáculo inviolable del salvaje prehistórico.

Pequeño y desvalido con relación a las enormes bestias que poblaban la región, el hombre fósil, había de recu*rrir necesariamente* a la astucia, donde sus fuerzas no podían darle ningún resultado.

La caza por medio de trampas, había de ser pues el medio más conveniente para apoderarse de aquellas especies animales que por su enorme acometividad, y por las poderosas defensas de que estaban dotadas, resultaban invulnerables a todo ataque llevado a cabo con los medios rudimentarios propios del *hombre cuaternario*.

Las trampas empleadas estaban excavadas a lo largo de las rutas más frecuentadas por los animales, en las proximidades de los abrevaderos, o en lugares estratégicos por los cuales forzosamente habían de pasar. *Profundas y disimuladas con ramas* y tierra, el animal que caía en ellas sufría peligrosas heridas, siendo rematado a golpes de piedra o ahogado con humazos; cuando no se prefería dejarlo extinguirse por hambre en el fondo del profundo pozo en el cual se de*batía inútilmente*, tratando de escapar.

Así, el hombre fósil se proveía de piezas como llamas, ciervos, caballos salvajes, o bien verdaderos monstruos, como los acorazados glyptodontes, el gigantesco mastodonte, el anómalo texodonte y *los corpulentos megatherios*.

Cada uno de estos animales era un verdadero tesoro. Su carne, base de la alimentación del hombre primitivo, servía de sustento a la horda por un largo lapso de tiempo; de su cuero se servían para tapizar el fondo de las *cuevas cuyo techo era* la coraza del glyptodonte; de los tendones fabricaban cuerdas, y los huesos partidos en esquirlas servían para hacer punzones, rascadores, pulidores y puntas agudas empleadas a la manera de un estilete o de un puñal.

De este modo, en torno de los cadáveres gigantescos, tendidos sobre el llano tapiz de la pampa, nacían las industrias en la aurora de la Humanidad.

No era muy amplio el repertorio de objetos fabricados. Había una razón para qué, in*dustrialmente, el hombre fósil* de las pampas, estuviera en inferioridad con respecto a sus contemporáneos del continente Europeo. La falta de yacimientos pétreos, la carencia casi absoluta del silex, la ausencia de pedernal, conspiraban contra el desarrollo de la *industria naciente. Para procurarse* fragmentos insignificantes de pedernal que el hombre de Saint Acheul, de Chelles o de Amiens, hubiera despreciado, el hombre pampeano emprendía excursiones de más de 100 leguas, desafiando peligros, de los cuales no siempre salía victorioso.

Fragmentos de cuarcita y de pedernal de ángulos vivos y aristas cortantes, pero de cortes artificiales y mal definidos; huesos largos de rumiantes cortados en forma de pico que servían, ya de cuchillos, ya de alisadores; pequeñas astillas de hueso talladas a grandes golpes y terminando en punta, cuyos usos a penas se podrían imaginar constituían todo el patrimonio del hombre pampeano, y se presentaban como ejemplos de lo más tosco y primitivo que se pueda concebir como productos de esta elemental actividad humana.

La psicología del hombre fósil, estaba en todo de acuerdo con el desarrollo escueto de sus industrias. Se diría que la razón sólo estaba despierta en él para lo más inmediato y elemental de la existencia. No poseían ideas religiosas, ni tenían la intuición de aquella vida futura que muchos miles de años después, tanto lugar ocuparía en la vida de los pueblos salvajes. La muerte, no hería de manera alguna su dormida imaginación, y el respeto por los muertos no existía en las hordas pampeanas, puesto que los huesos humanos, tanto en los yacimientos de Mercedes, como en los descubiertos a lo largo del Carcarañá se encuentran mezclados y confundidos con los de los animales que fueron sus contemporáneos, sin orden alguno, y frecuentemente mezclados con carbón vegetal y restos de antiguos festines.

La muerte, era pues, para el hombre fósil un simple accidente natural, y nada decía a su imaginación ni la cadavérica rigidez, ni la súbita inmovilidad, que clavaba sobre la alfombra vegetal a los hombres heridos en la pelea, o a las víctimas del rayo o de las fieras. Probablemente, el mismo instinto de conservación era algo muy rudimentario en el hombre pampeano, y esa ignorancia de la muerte, le prestaba aquel valor descomunal del que tenía verdadera necesidad para hacer frente a esas partidas de caza, de la que la época moderna no pue*de tener ni una remota visión*, desaparecidas hace millones de años las bestias de pesadilla que eran las monstruosas piezas que las determinaban.



ILUSTRACION DE

Premiani

Bibliografía

PABLO ROJAS PAZ. — El Libro de las Tres Manzanas. — Colección "Cometa", de Tor.

Al principio de su libro, como síntesis de su contenido, Pablo Rojas Paz pudo haber colocado dos frases que figuran en el breve prólogo de "Les Essais" de Montaigne: "C'est icy un livre de bonne foi, lecteur" y "Je suis moy mesme la matiére de mon livre".

La buena fe de Rojas Paz es ilimitada. Ejerciendo el pensamiento como un juego libre y feliz, como una mágica aventura semejante a las que nos hacen soñar los libros preferidos de la infancia, Rojas Paz va humanizando la lógica, la ética, la historia y la ciencia a través de sus páginas, hasta revestirlas de una belleza nueva en la exteriorización y de un sentido intimista, hecho a la medida del hombre que piensa como jugando, pleno de buena fe y, por tanto, está más dispuesto a maravillarse con lo que descubre, que a ver una acechanza o fuente de duda en todo descubrimiento. En este sentido podemos afirmar que Rojas Paz está a salvo de esa superstición de la filosofía que cuando no nos *pierde en algún doloroso laberinto*, nos arroja náufragos en el seno del más atroz agnosticismo. La discusión y sistematización están estrictamente limitadas en "El Libro de las Tres Manzanas" por una preocupación de belleza, por un cariño "a priori" por las cosas del mundo y una fe cándida y emocionada por la realidad y potencialidad del ser. Es así que Rojas Paz soslaya el afán ácremente generalizador de la filosofía y nos da, en una prosa muchas veces cargada de poesía, sus meditaciones. Se mantiene en el centro de su obra. Hace de él mismo la materia de su obra, como dijo de sí Montaigne, en la frase ya citada del prólogo de sus Ensayos.

Contiene el "Libro de las Tres Manzanas" nueve ensayos, pues el hermoso prólogo puede ser calificado de tal. Más como verdad poética que filosófica vale su afirmación de que "tres manzanas simbólicas concretan todo el drama de la vida: la mitológica de París, la bíblica de Eva y la agnóstica de Newton". Simbólicas de la guerra, la curiosidad y el conocimiento que a su vez "son las etapas porque atraviesa el espíritu del hombre". No sé si el espíritu del hombre, pero sí el de Rojas Paz, sobretodo en lo que respecta a las dos primeras. Lo cual está muy bien en el artista, aunque guerra y curiosidad dejen de ser en realidad dos etapas en su espíritu, para convertirse en una sola acentuación: inquietud.

De todos los ensayos que contiene el "Libro de las Tres Manzanas", ninguno revela tanto esa inquietud como el titulado "El Redescubrimiento de Hamlet". Es, por otra parte, el más logrado. Me parece memorable esta frase de elevado contenido ético, realmente trascendental para una valoración del sentido y misión de la juventud: "Su afán es desarraigar el árbol del mal y no podarlo", cuando explica el porqué de los excesos vengadores de Hamlet. Frase que corona su lúcido razonamiento en contra de esa falsedad desatinada que involucran el concepto romántico de juventud.

El ensayo sobre la ingenuidad págs. 45 a 77) es también muy importante, desde que, por medios muy sencillos y parcos se llega a intentar grandes síntesis que abarcan concepciones tan dificultosas de afrontar como son las de historia, individualidad, ciencia, libertad.

Este último tópico (pág. 53) está tratado con excesiva ligereza. Se hace una promesa: "analizaremos los *teoremas* de Espinosa, relativos a la libertad" que luego no se cumple en modo alguno. Ni siquiera se anota que tales teoremas, como se desprende de la lectura del Prefacio de la Quinta Parte de la "Etica", no se refieren a la libertad en sí, sino "al modo de conseguir la libertad *o* el camino que conduce a ella", ni que en rigor Espinosa no opinaba que lo único libre es Dios, sino "que la libertad se conquista; y si San Pablo dijo que es preciso creer en que Jesús es el hijo de Dios, Espinosa insistió en que es preciso saber que somos Dios". para alcanzar esa especial beatitud que el Escolio a su XLII Proposición concede a los sabios y que no es otra cosa que el goce de la libertad.

Rojas Paz se ocupa también de la poesía (págs. 111 a 132). La imposibilidad de una definición totalmente satisfactoria se desprende con fuerza de sus afirmaciones. Este ensayo tiene un magnífico fondo irónico, hábilmente graduado, pero muy perceptible, por ejemplo, en la pág. 115, donde utiliza el mecanismo de la demostración de la existencia de Dios por Santo Tomás (según un primer motor), para probar que ¡la poesía es posterior al poeta!

Tal ironía, pero esta vez llena de piedad y simpatía humanas, se repite cuando se ocupa de "La desesperación poética" y "La adjetivación".

En cambio en su "Ensayo sobre la Indiferencia", advertimos una acentuación *trágica*. La inquietud que agita el espíritu de Rojas Paz se nos aparece aquí con ribetes dolorosos. A ratos vuelve a ser el hombre que por el solo hecho de pensar está en posesión del mundo que lo rodea, pero en otros al asomarse al misterio, duda, se estremece, y su inquietud atraviesa las señaladas etapas de la guerra y la curiosidad. Estas dos manzanas le son propicias. En cuanto a la tercera, según ya lo ha dicho ("el conocimiento es el cansancio de la sabiduría"), como que es aquietamiento, lo deja un poco frío. Por eso lo notamos triste, cuando en la pág. 43 su curiosidad y su combate se limitan frente a la idea del conocimiento de la muerte. Pero ese juego libre y feliz de su pensamiento, que nos hace imaginar que si a Rojas Paz le preguntaran cuál es su diversión favorita, contestaría, como Shaw: —Pensar, pronto recobra su *predominio*.

Recorremos con agrado "Ciudades y Bosques", "La Suerte y la Simpatía" y hasta "El Derrumbe de las Palabras" y "La Estética del Lector". Estos dos últimos ensayos no son de obligatoria lectura. — U. P. de M.



Premonición

Un extraño caso de adivinación del porvenir, relatado por el famoso profesor Richet.

¿QUE podemos saber acerca del porvenir? Creo que hay en la inteligencia humana, a la vez reducida y grandiosa, otras vías para el conocimiento del porvenir que la simple perspicacia. Para probar mi afirmación entro en el dominio de las ciencias que he llamado "metapsíquicas".

La premonición es el capítulo más conturbador, más incomprensible y, por eso mismo, más apasionante de esas ciencias. Es el más profundo misterio de una disciplina rica en *misterios. La palabra premonición* significa el conocimiento del porvenir por vías que no son las vías sensoriales ordinarias, por intuiciones que no dependen ni de la perspicacia ni del razonamiento, ni de la lógica.

¿De dónde nos vienen esas previsiones? Cuál es su oculto origen? Sería muy difícil establecerlo. A pesar de los hechos hay gentes que incluso rechazan la existencia de estos fenómenos que no dan la menor fe a lo que, con pedantería titulan divagaciones de espiritistas teósofos y metapsíquicos. Sin embargo las observaciones y experiencias se multiplican de un modo asombroso.



Voy a exponer un caso de doble premonición. Se trata de la hecha por Sonrel al doctor Tardieu.

En el mes de noviembre de 1913, el doctor Tardieu, antiguo interno de los hospitales, médico asesor de la enfermería de Mont-Doré, vino a buscarme y me dijo más o menos esto:

—Ha llegado el momento. Debo exponerle los hechos siguientes que tienen relación con los asuntos que a Vd. le interesan. En 1869 yo salía del Observatorio de París. Nos paseamos juntos por el jardín de Luxemburgo cuando de pronto vi a Sonrel cambiar de rostro, caer en una especie de extasis, y decirme: "¡Que extraño! Te veo en traje militar y contando dinero en un kepi. Vas en ferrocarril, ¿A Hirson? ¿A Sedán? ¡Oh pobre de mi patria!.. Pero yo también tengo un traje militar y vuelvo a París de oficial superior, pero muero a los tres días. Felizmente tú regresas a tiempo para que yo pueda confiarte mis criaturas".

Entonces lo paré y le dije: "Sueñas, vuelve en tí". Pero él me contestó: "¡No! No he concluído. Años, años todavía. Es la guerra, una gran guerra! ¡Qué de sangre, qué de sangre! ¡Oh Francia, mi patria, he aquí que eres salvada! Veo a Francia llegar hasta el Rhin. ¡Qué de *sangre!*"

Y bien: todas estas previsiones, relativas a los acontecimientos del año 1870, se han realizado y rigurosamente. Encargado de dirigir una ambulancia a fines de agosto de 1870, estaba obligado a llevar uniforme militar. Me encargaron el hacer una colecta en *los bulevares a beneficio de los* heridos. Después tomé el ferrocarril hacia una dirección que el comando mantenía secreta. Ya en camino, me puse a contar lo obtenido en mi kepi. De pronto, como uno de mis camaradas preguntara donde íbamos, yo respondí: "A Hirson, a Sedán". En *efecto, como después lo supe*, nos dirigíamos hacia esa zona. En cuanto a Sonrel, volvió a París algunos días antes del sitio como comandante de las oficinas militares, pero fué atacado inmediatamente por un acceso hemorrágico y murió a los tres días. Yo regresé a tiempo para *recoger su último suspiro*, formando parte del personal que traía heridos para internar. Me sintió caminar afuera de la habitación, y antes de verme exclamó: "Ahí viene Tardieu..."

Así la predicción hecha para 1870, en 1868, se había realizado de una manera asombrosa. ¿Qué pasará con respecto a la otra? Lo ignoro, pero me he creído en el deber de comunicárselo — concluyó el doctor Tardieu.

Recibí esta interesante confesión y la publiqué en el año 1913. Evidentemente, no podemos poner en duda la lealtad, ni la inteligencia del doctor Tardieu, profesor y hombre de ciencia conocido.

En lo que respecta a los hechos relativos a 1870, los detalles son múltiples, precisos. Se necesitaría para inventarlos una falta de buena fe completa. La segunda parte de la premonición es menos precisa pero tiene la ventaja de haber recibido autenticidad con su publicación en junio de 1913.

Ciertamente podía temerse ya en esa fecha el estallido de una guerra entre Francia y Alemania. Pero si el doctor Tardieu ha venido a hablarme (cuarenta y seis años después del éxtasis de Sonrel), no es de ningún modo porque él pensara en la próxima guerra, es por razones personales que le hacían pensar que el momento había llegado y que la predicción iba a realizarse.

De hecho estas dos premoniciones se apoyan una a la otra. Fueron dadas por Sonrel en un asombroso relámpago de lucidez y es necesario clasificarlas en el ya imponente grupo de las premoniciones absolutamente auténticas.

CHARLES RICHET

ILUSTRACION DE ROJAS

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim







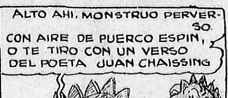










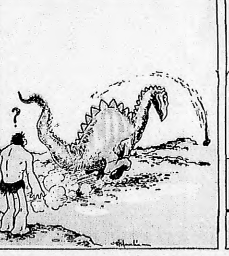










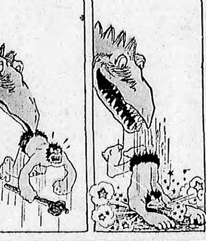




















Antiguos que no Conocían la Luna



★

DIFICILMENTE se concibe la vida del hombre, sin la existencia de la Luna, amable satélite de la Tierra, inspiradora de poetas decadentes, autora de las mareas, y de un montón de mala literatura.

Las influencias de la Luna son múltiples. Comprobadas o supuestas, ellas obran sobre ciertas personas o animales, en el crecimiento de las plantas, etc. Producen las mareas, influyen en el sexo del niño por nacer o en su carácter; acomoda su revolución con ciertos fenómenos intimos de la mujer y es el elemento indispensable para todas las brujerías y hechizos.

¿Ha existido siempre la Luna? Vale decir, *¿los humanos la han visto siempre brillar en el cielo?*

De los estudios realizados por diferentes eminencias, se ha concluído que nuestro satélite era desconocido en la alta antigüedad. Claro está que nos referimos a unos tiempos harto lejanos, pero la cuestión no cambia por ello de aspecto.

Los argumentos en que se fundan los hombres de ciencia para hacer tal afirmación, son éstos:

El doctor Encause —más conocido por el nombre de Papus— habla de ciertos pueblos en el Africa y en el Asia, cuyas leyendas versan sobre los orígenes y nacimiento de la Luna. Esta sería una prueba de que este *habitante celeste* no ha existido siempre.

Otros pueblos se han servido de la aparición de la Luna como calendario. Por ejemplo, los primeros colonizadores de la Hélada, decían que sus antepasados se habían instalado en el Peloponeso, *cuando la Luna todavía no existía*. Es decir, habían dividido el tiempo en dos épocas: antes y después de la Luna.

Hay más todavía: a la Luna se la considera como hecha de una parte de la tierra. La teoría es la siguiente:

Cuando la Tierra era aún una masa fluida, sufría en gran proporción la atracción solar. Esta atracción, cuya existencia se puede comprobar actualmente por el fenómeno de las mareas, produjo entonces sobre el globo, una protuberancia. Esta protuberancia se alargaba hacia el Sol por efecto de la atracción. En estas condiciones, es bien posible, que ese trozo de masa fluida se haya desprendido, formando lo que es hoy nuestro satélite, que, debido también a la atracción de la tierra, quedó suspendida en el espacio, girando a nuestro alrededor. Esta es la hipótesis del famoso matemático Henri Poincaré.

Esa hipótesis, fué profundizada por George Darwin —hijo del célebre naturalista— quien la reforzó agregando que esa separación debió producirse hace cosa de unos ¡50 millones de años!

Esta afirmación creaba un nuevo problema: el del vacío dejado por la Luna. Ha sido un sabio inglés, el profesor Eddington, de la Sociedad Real de Londres, quien ha dado la aparente solución, consolidando así la teoría primitiva.

Eddington ha logrado calcular el peso de la Luna y el del Océano Pacífico y de su comparación de ambos, se desprende que son sensiblemente iguales. Esta comprobación se encuentra apoyada por un hecho para muchos innegable y es que en un principio, la Tierra estaba cubierta enteramente de agua. Ha sido gracias a que las aguas se precipitaron en el espacio dejado por la Luna, que los continentes han podido emerger.

La aceptación de esta teoría implica reconocer que no hubo vida anterior sobre la tierra (por estar cubierta de agua) a la aparición de la Luna. Entonces las leyendas de los pueblos que desconocían la Luna, pueden darse por falsas.

No lo reconocen así los sostenedores de aquella hipótesis. Los ocultistas pretenden que el fenómeno cósmico de la separación de la Luna de la Tierra, ha sido posterior al hundimiento de la Atlántida. La Atlántida nos resulta algo familiar, pues Platón llegó a hablarnos de ella. Los pueblos sin Luna, de haber existido, no están tan lejos de nosotros, si se considera la larga extensión de la vida terrestre.

La teoría ocultista sostiene que la Luna se ha separado *voluntariamente* de la Tierra. Esto exige una breve explicación. Las doctrinas ocultistas atribuyen vida a la simple materia. La materia, dicen, no existe, porque mientras sea divisible, nunca podrá encontrarse un átomo tan microscópico que no resista la división. Una partícula de materia que no admita ser dividida, que no pueda ser medida, ya no es materia... Pero *no profundicemos este aspecto de las premisas* del ocultismo, porque nos llevaría mucho tiempo. En la hipótesis —que aceptaremos por el momento— de la materia pensante o espiritual, se supone que la tierra carecía en sus comienzos de satélite; fué formado nuestro globo del principio de cada uno de sus continentes (recordemos que se trata de entidades pensantes, vivientes) los cuales al desarrollarse debían llevar y hacer evolucionar una fracción especial de flora, fauna y humanidad.

Entre los continentes que debían formar parte de la Tierra se encontraba la Luna, que *rehusó* incorporarse, bajo pretexto de querer conservar su personalidad. Las entidades directrices del cosmos, la obligaron, sin embargo, a cumplir su destino terrestre e hicieron de ella un satélite y la parte de humanidad que debía vivir en su superficie le fué retirada para hacer en nuestro mundo: la Luna no está, pues, habitada. Al menos por seres físicos organizados como nosotros.

La teoría ocultista ha tenido sin embargo una confirmación, en un hecho observado no hace mucho. El geólogo Wegener, sorprendido por tempestades en alta mar que pudiesen tener influencia sobre sismógrafos instalados muy lejos de ellas y en tierra, emitió la idea de la flotabilidad de los continentes. Los continentes no son inmóviles —dice— sino que flotan de alguna manera sobre una capa más densa de la corteza terrestre, que constituye al mismo tiempo el fondo de los mares y su soporte.

Posteriormente se dedujo que en la antigüedad, los continentes se encontraban aglomerados en uno solo y que al correr de los siglos, flotando sobre la capa densa de la corteza terrestre, se habrían separado. Esta deducción la sugirió la contemplación de un mapa-mundi. En efecto, si se acerca con la imaginación la América, de Europa y del Africa, se notará que corresponden más o menos exactamente, *salvo en un punto del hemisferio Norte y la América Central*, justamente donde los historiadores situaban la Atlántida. Asimismo, Australia y el continente antártico llenarían el vacío actual entre el hemisferio Sud y el Africa y Asia, pero dejando un espacio en blanco. Ese espacio era el que se supone ocupado por otro continente antiguo, la Lemuria, del cual la Oceanía actual sería sólo la cumbre de sus montañas.

Por CARLOS VELARDE

ILUSTRACION DE GÜIDA

★ ★

Balas Perdidas

Por Carlos V. Warnes

ILUSTRACION DE MOLAS

★

Al nuevo rico le hicieron un árbol genealógico que partía de la doncella de Orleans.

★

Las indirectas fueron inventadas por el que instituyó la "Orden del Baño".

★

Cuento fantástico: "Era un farmacéutico que no despachaba las recetas que no entendía".

★

Optimista es quien, en esta época, se hace poner dientes postizos.

★

El escritor propone y el linotipista dispone.

★

Las salivaderas están colocadas del lado de donde debieran estar.

★

¡Qué solo se quedará Dios el día del Juicio Final!

★

Deber cien mil reis es una alsa alarma.

★

Pocas son las casas donde no hay, detrás de la puerta de calle, un ladrón embutido en la pared.

★

Premio a la virtud: Un cajón de auto que se porte bien puede llegar a ser ropero enchapado.

★

Mi almacenero dice que, desde que coloca un cobre en el plato de la balanza, donde pesa los artículos, tiene suerte.

★

La mujer de un amigo que nos engañe con otro, es una mala mujer.

★

El portazo que damos al bajar de un colectivo, es un pequeño desquite.

★

Llevar en el pecado la penitencia, es robar un encendedor automático.

★

El político proteccionista proyectó gravar con grandes impuestos a los galicismos.

★

Con tantos concursos ya vamos quedando pocos compradores que no tengamos casa, auto, radio, etc.

★

Hay pintores sin suerte; pintan un paisaje y les sale una "naturaleza muerta".

★

El "año 40" debió tener más de 365 días para que pudieran pasar todas las cosas que dice Blomberg.

★

Hay que convencerse: las maldiciones no llegan. No habría réferees.